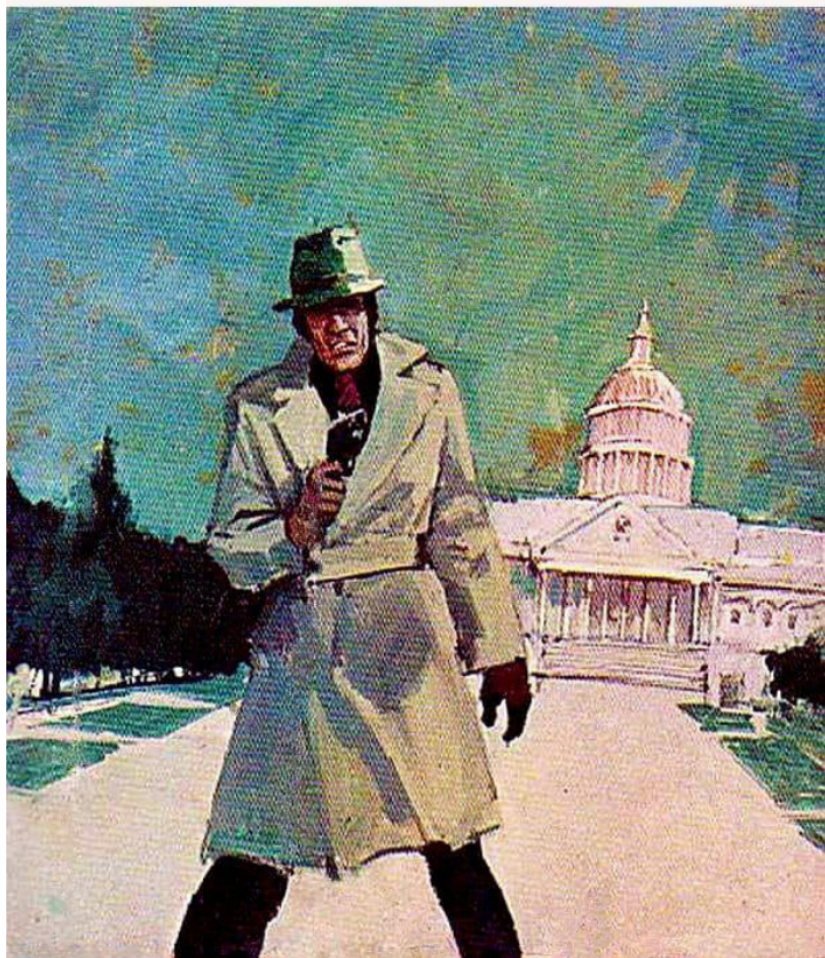




ejecutor sobre de Washington

CURTIS GARLAND



Era solamente un helicóptero.

Iba pintado de color amarillo y azul, y lucía en su cola una especie de estela fosforescente en el atardecer, anunciando una famosa marca de cigarrillos americanos con filtro.

Era, por tanto, un simple helicóptero publicitario, de los que sobrevuelan con tanta frecuencia el cielo de cualquier ciudad, especialmente si se trata de una ciudad americana.



Curtis Garland

Ejecutor sobre Washington

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1290

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Ejecutor sobre Washington*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



A MODO DE PREFACIO

Recientemente, ha sucedido algo así.

Más tarde, se supo que era solamente el acto irreflexivo de un posible desequilibrado. O un simple afán publicitario de un hombre muy de nuestra absurda y descentrada época.

Pero pudo haber sido muy diferente. Pudo haber ocurrido todo de otra forma y ser... el principio de algo parecido a lo que este relato aborda. Porque lo cierto es que ese incidente trivial que se dio en la realidad, reveló un hecho increíble y aleccionador para el futuro: resultó que, ante el simple vuelo hostil de un excéntrico, utilizando un helicóptero de las Fuerzas Aéreas, todas las medidas de seguridad civil y militar de un país tan poderoso como Estados Unidos, en pleno corazón de Washington, su capital federal, y sobre la propia Casa Blanca, residencia de su presidente, fracasaron lamentablemente, actuando demasiado tarde.

De haber querido aquel hombre causar un mal cierto, lo hubiera conseguido. Ni sistemas antiaéreos de defensa, ni procedimientos policiales o protectores, incluidos la CIA y el FBI, pese a los millones y millones que su mantenimiento cuesta al Tesoro, actuaron a tiempo.

Cierto que ha sido, cuando menos, un saludable aviso. Pero... ¿y si hubiera sido algo más y algo peor?

CAPÍTULO PRIMERO

UN INCIDENTE WASHINGTONIANO

Era solamente un helicóptero.

Iba pintado de color amarillo y azul, y lucía en su cola una especie de estela fosforescente en el atardecer, anunciando una famosa marca de cigarrillos americanos con filtro.

Era, por tanto, un simple helicóptero publicitario, de los que sobrevuelan con tanta frecuencia el cielo de cualquier ciudad, especialmente si se trata de una ciudad americana.

Las primeras luces del atardecer salpicaban ya de vivos colores fluorescentes las calles comerciales de la capital, y la iluminación realizaba los monumentos como el Lincoln Memorial, el Capitolio, el Museo Smithsonian, el Obelisco, la Elipse o cualquier otro lugar histórico de la más histórica ciudad americana.

El helicóptero había surgido de un hacinamiento de nubes rosadas, que pasaron a ser azules y grises cuando el sol se hundió en el horizonte, de modo definitivo, detrás de Georgetown y de Arlington. Arlington, cementerio nacional donde el crepúsculo era algo más que un sol sepultándose por el oeste, tras las hileras de tumbas, cruces y la eterna llama al Soldado Desconocido o al presidente John Fitzgerald Kennedy.

Su vuelo era completamente normal y regular. Los viandantes vespertinos de Washington, ya fuesen ciudadanos de compras o de regreso de sus trabajos cotidianos, o bien forasteros y turistas, ocupándose en visitar los centros oficiales y burocráticos, o admirar los monumentos a la Historia de la Nación, pudieron seguir sus evoluciones rutinarias, y preguntarse, perplejos, si la propaganda sobre la nicotina y el cáncer de pulmón era compatible con aquella otra de los cigarrillos de determinada marca.

Lo cierto es que miraron al cielo y vieron al helicóptero amarillo y azul, sin prestarle más atención que la simple curiosidad momentánea. Luego, lo olvidaron.

El helicóptero estaba sobrevolando Monument Grounds, sobre el

monumento a Washington, pasó Constitution Avenue, hacia la Elipse y sus jardines, cuando la oscuridad de la noche se hizo casi total en el cielo nuboso pero cálido de aquel atardecer otoñal.

Avanzó, como al azar, hacia White House Grounds. Hacia la residencia presidencial, en suma, con sus jardines frondosos y sus grandes extensiones de césped alrededor.

Aparentemente, nadie prestó el menor interés a esa evolución. Si alguien lo hizo y preguntó al control de Aviación Civil sobre la posible presencia de un helicóptero publicitario sobre Washington, la respuesta, sin duda, debió tranquilizarle por completo:

—Sí. Hay un helicóptero de publicidad, de la empresa Acme Advertisements Co., debidamente autorizado. Anuncia los cigarrillos con filtro «X», y sobrevuela la ciudad de seis a ocho horas...

Eso era cierto. Y, naturalmente, era una explicación oficial convincente. Quizá por ello no despertó en absoluto sospechas. Ni del FBI, ni de la Guardia Nacional, ni de la Defensa Aérea.

Ningún resorte de alarma funcionó en el país, en concreto en el distrito de Columbia, cuando el helicóptero amarillo y azul ronroneó a bastante altura sobre la Casa Blanca y sus jardines. La Mansión Ejecutiva, estaba inmediata, Justo bajo su helicoidal giro vertiginoso, que le hacía subir y bajar, bailoteando como un insecto inquieto, en el cielo repentinamente azul cobalto.

Después, inesperadamente, el helicóptero descendió vertiginosamente sobre la Mansión Ejecutiva, residencia del primer mandatario de la nación.

Unos ojos brillantes, fijos, vidriados, se fijaron en el edificio, desde detrás del timón de la ligera nave, y a través del vidrio polvoriento de la cabina.

—Matar... —Silabeó una voz ronca, entre los labios apretados del piloto solitario del helicóptero—. ¡Matar...!

Y el descenso se hizo más y más vertiginoso. El tren de aterrizaje del helicóptero rozó de repente los árboles. El vehículo del aire se precipitó, en diagonal, velozmente, hacia los balcones abiertos a los jardines. A través de ellos, el presidente y su familia eran visibles, dentro de la residencia iluminada.

Repentinamente, un par de soldados de la Guardia Presidencial, advirtieron la presencia del helicóptero. Y su descenso rápido y

alarmante sobre el edificio y los jardines.

—¡Eh, cuidado! —aulló uno, levantando, rápido, su metralleta—. ¡Avisa a los agentes de seguridad, Brian! ¡Ese helicóptero...! ¡Yo trataré de detenerlo...!

Y disparó una ráfaga contra la silueta amarilla y azul, situada ya frente a los balcones del edificio presidencial.

El liviano aparato giró sobre sí en redondo, con un ronquido del motor, y lo mismo que un enorme mosquito, rectificó su vuelo, para eludir el acoso de las balas proyectadas por el arma automática.

De no haber sido por esa maniobra, el agente uniformado que disparaba su metralleta, estuvo seguro de que el helicóptero hubiera penetrado por el balcón, invadiendo la terraza amplia de la residencia presidencial, con sólo Dios sabía qué consecuencias desastrosas.

El presidente y su familia, con toda rapidez, habían desaparecido dentro del edificio. Agentes federales, armados de pistola, asomaron por varias ventanas, apuntando al helicóptero amarillo y azul. Éste se elevaba cada vez más, y parecía a punto de evadirse del cerco... cuando surgieron por detrás de la Casa Blanca hasta tres helicópteros de color verde oscuro, con distintivos federales en sus fuselajes.

Evolucionando diestramente, remontaron el vuelo sobre los jardines y cúpulas, cercando al agresor en el aire. Los disparos de los miembros de la Guardia Presidencial se hicieron más cautos, para no herir a los miembros de la seguridad del presidente.

Un juego de potentes altavoces entró en funcionamiento, atronando los ámbitos de la zona presidencial.

—Ríndase, quienquiera que sea... Entréguese o morirá acribillado. Es una orden. Descienda sin oponer resistencia. Vamos, descienda... Con cuidado. Sin intentar nada. Está cercado totalmente.

Por los jardines, aparecían ya grupos uniformados o de paisano. Todos armados. Todos con la mirada fija en el helicóptero misterioso. Un haz de potente luz blanca, desgarró la noche, envolviendo en claridad al helicóptero amarillo y azul, que maniobraba ya torpemente, como lo hubiera hecho un insecto ante la llama deslumbrante.

Paulatinamente, iba decreciendo su agresividad y también su facilidad de maniobra. Luego, de súbito, ocurrió algo. Algo que

nadie esperaba...

Del helicóptero, saltó al vacío la figura de un tripulante. Estaba para entonces a suficiente altura sobre Washington, para que su paracaídas se abriese sin problemas, a mitad de su descenso vertiginoso. El ancho círculo de seda hinchada, se abrió sobre la cabeza del hombre de casco y gafas de vuelo, al parecer enteramente vestido de cuero azul marino o negro.

El helicóptero, por su parte, sin tripulante, inició un picado vertiginoso hacia tierra.

Cuando eso sucedió, el vehículo helicoidal estaba precisamente encima de la Casa Blanca, sobre la mansión ejecutiva, pero muy alto en el cielo oscuro de la noche washingtoniana.

Sibilante, el armazón metálico descendió, dando tumbos, con su morro hacia abajo... directo sobre el edificio presidencial.

Por unos instantes, nadie reaccionó. Parecía ser el final del incidente. Abajo, hombres del FBI y de la escolta presidencial, aguardaban, formando un amplio cerco sobre el césped, en el lugar donde, inevitablemente, debía caer el piloto que aún flotaba, suspendido de su paracaídas, en pleno vacío.

El helicóptero continuaba su descenso. Aún distaba mucho del edificio, allá en el aire, cuando un antiaéreo de seguridad abrió fuego sin más demoras. Fue un disparo oportuno. Y providencial.

El artillero hizo blanco. El helicóptero, lógicamente, acusó el impacto, con un desgarrón llameante, propio de un depósito de combustible al inflamarse. El humo envolvió al liviano aparato.

Y, de súbito...

Fue como si el inofensivo fuselaje herido, se convirtiese en una formidable arma destructora. Como si el combustible de a bordo pudiera ser un arma nuclear o poco menos.

Porque el helicóptero amarillo y azul, estalló por segunda vez, pero ahora convertido en una bola de fuego deslumbrante, que dispersó los pedazos de la nave a gran distancia, entre un estampido atronador, y provocó el tambaleo peligroso de los demás helicópteros de seguridad, pese a estar alejados de él.

Pavesas y llamas descendieron en la noche, tras el caótico estallido. Atónitos, los miembros de seguridad contemplaban aquel punto del cielo donde había tenido lugar una explosión tan terrorífica, que de producirse en el edificio presidencial, al estrellarse el helicóptero

con ella, hubiese provocado la destrucción de gran parte del mismo... y el fin inevitable del presidente y toda su familia... Cuando el piloto de la misteriosa nave, cayó dando volteretas en el césped, tirando de él las tensas cuerdas del paracaídas, una docena de armas automáticas se apoyaron en él, inmovilizándole por completo.

Un oficial ordenó con aspereza:

—Procurad capturarlo vivo. Pero si advertís en él algo extraño o amenazador... ¡Matadlo sin vacilar! Creo que ese helicóptero era algo más que una simple forma de desplazamiento aéreo. Esa explosión sólo se justifica con la presencia de un poderoso explosivo a bordo. Un explosivo destinado, sin duda, a la Casa Blanca. Y al presidente de Estados Unidos, naturalmente...

* * *

—Un explosivo poderoso, sí: nitroglicerina, coronel.

—¡Nitroglicerina...! Dios mío. Pudo haber sido trágico...

—Pudo serlo, sí. De haberse estrellado en la terraza, como pretendía... ahora estaríamos lamentando un desastre sin precedentes, señor.

—¿Y el piloto...?

—Arrestado. Le están interrogando, coronel.

—¿Quién es?

—Nadie lo sabe aún; un joven de identidad desconocida. Parece... drogado.

—¿Drogado?

—Eso es —asintió el inspector McDarrin, de la oficina federal—. Drogado, coronel. Bajo los efectos de algún alucinógeno o cosa parecida. No hace sino repetir una misma palabra, como obsesionado: «Matar... matar... matar...». Y no sale de ahí. Tiene los ojos fijos, no parece ver ni escuchar a nadie. Los psiquiatras están examinándole, al mismo tiempo que le interrogan los agentes de nuestra oficina. No sé a qué conclusiones llegarán, pero... no me gusta el asunto, la verdad.

—A mí tampoco —suspiró el coronel Kingsby, del Pentágono—. Ese helicóptero cargado de nitroglicerina. Pudo haber sido el fin para muchas cosas, inspector. El presidente, la paz, el equilibrio

mundial... Parece obra de locos.

—O de enemigos de esa misma paz tan en peligro durante unos minutos, los que permaneció el helicóptero amarillo y azul sobre el recinto ejecutivo...

—¿Se sabe algo de ese helicóptero, inspector?

—Muy poco, pero creo que lo suficiente. Perteneció a una empresa publicitaria de Nueva York. Parece ser que fue robado del hangar donde esa entidad guarda sus helicópteros anunciadores.

—Un helicóptero robado, una carga de nitroglicerina a bordo, un joven desconocido, bajo los efectos de una droga... Inspector, todo eso es muy extraño, muy inquietante...

—Mucho, coronel —asintió sombríamente el federal, sacudiendo la cabeza pensativo—. No sé lo que va a suceder, pero creo que esto forma parte de algo más complejo que una simple agresión individual, una locura personal o cosa parecida.

—¿Un... complot?

—Posiblemente, coronel.

—¿Contra el gobierno, la persona de nuestro presidente o...?

—Quizá contra todo eso. Y contra Estados Unidos. Y la paz mundial. Muchas cosas están en juego en estos momentos. Depende de lo que resulte, en sí, este hecho aislado. Por el momento, el propio presidente está interesado de modo personal en el problema. Quiere saber lo que se oculta detrás de ese helicóptero asesino y de su piloto sometido a la acción de las drogas.

—Es un sentimiento muy natural. El, su esposa, sus hijos... pudieron haber perecido anoche, en esos trágicos momentos, de haber conseguido el piloto lo que se proponía. Funcionaron los sistemas de seguridad, por fortuna, y se frustró el desastre.

—Como parte integrante de esos sistemas, coronel, debo confesar nuestra torpeza en reaccionar —suspiró McDarrin con tremenda sinceridad—. No fuimos lo bastante rápidos. Sólo la buena fortuna se alió con nuestra acción. Pero pudo haber ocurrido lo peor. Faltó sincronización en la emergencia. Acaso un poco de imprevisión por nuestra parte, fue el error cometido por todos. No, no me siento nada satisfecho por lo sucedido. Ni siquiera habiendo salido todo medianamente bien. Ha sido como un aviso. Un escalofriante aviso de que, en otra ocasión, todo podría resultar peor.

Se mantuvieron en silencio ambos hombres, como midiendo las

aterradoras posibilidades que aquel hecho abría ante ellos. Eran hombres conscientes, responsables. De su tarea podían depender muchas cosas importantes. Buenas y malas. Todo dependía de un éxito o un fracaso, de un simple acierto o un posible error humano.

—Sí, creo que tiene razón, McDarrin —admitió lentamente el coronel Kingsby con voz ronca—. Por unos momentos, pudo suceder lo peor. Nuestros hombres, civiles o militares, se quedaron como clavados. No hubo iniciativas en esos instantes cruciales. Por fortuna, a alguien se le ocurrió abrir fuego, a otro se le vino a la mente la idea de hacer despegar los helicópteros de seguridad... y se evitó el desastre. Pero no podemos sentirnos orgullosos ninguno de nosotros. Hubo graves errores, fallos tremendos.

—Cuando menos, saquemos consecuencias de ello, coronel. Por si se repite el hecho alguna otra vez. Vivimos a veces demasiado confiados, sin recordar que muchas cosas dependen de una sola persona. Y que esa persona puede ser atacada en cualquier momento.

—Una persona... —resopló el coronel—. El presidente, sí. Todos sabemos que la Constitución funciona perfectamente, y que si un hombre muere o desaparece, otro le sucede, y el Gobierno se mantiene. Pero no es igual cara al exterior. Un magnicidio puede desencadenar una crisis mundial. Económica, política... e incluso militar.

—Exacto. Piense que no sólo el presidente, su esposa e hijos pudieron perecer en el ataque, sino también el vicepresidente, el secretario de estado y muchas otras personas clave de nuestro sistema político. Eso, en los momentos actuales, es delicado. Gravísimo, diría yo...

El coronel paseó, impaciente, con los brazos cruzados a su espalda. Parecía un león enjaulado. Quizá contribuía a crear esa impresión su blanca melena desordenada, su cuerpo recio, poderoso y fuerte. El inspector le contempló en silencio, sin hacer comentario alguno.

—Ese hombre, el joven que ha sido capturado cuando se arrojó en paracaídas. Supongo que ustedes, el FBI, con toda su enorme fuerza y recursos, lograrán saber quién es lo antes posible...

—Lo averiguaremos, esté seguro —afirmó el inspector—. Esa parte del problema no me preocupa. Es lo demás lo que me tiene intrigado e incluso alarmado: la nitroglicerina, la droga utilizada

para reducir a ese hombre a la condición de un simple autómatas...

—¿Un autómatas? ¿Eso podría significar que él... él no es responsable de lo que ha intentado hacer?

—Podría ser, sí. Depende de lo que digan los psiquiatras, coronel.

—Sólo eso faltaría: que nos quitaran de las manos al único responsable, con triquiñuelas legales o clínicas.

—No podríamos hacer nada, si se probara que el ocupante del helicóptero actuó bajo influencia de drogas, sin saber lo que hacía. Ningún ser humano puede ser acusado de nada, si esa posibilidad se prueba sin lugar a dudas.

—Lo comprendo. Pero sería cerrarnos la única pista posible. Si ese joven fuese un fanático político, o el cómplice de alguien... podríamos llegar a alguna parte, saber lo que se oculta tras él. Es eso lo que me preocupa y me asusta, inspector McDarrin.

—En realidad, eso nos asusta a todos. Por el momento, no debemos precipitarnos. Hay que esperar. El asunto está en manos de mis hombres. Todo depende de que lleguemos al fondo de la cuestión, coronel.

—Créame: me siento nervioso, quizá por vez primera en mi vida — el militar estudió pensativo a su interlocutor—. Tal vez... tal vez el país cometió un gran error en las últimas elecciones presidenciales. Tal vez todos nos hemos equivocado al pensar que el mundo puede ser mejor, y aceptar la democracia auténtica de los hombres con total sinceridad, con buena fe y espíritu constructivo.

—Coronel, hemos dado recientemente, con esas elecciones y sus resultados, la mejor prueba para los pueblos del mundo, respecto a lo que los hombres son capaces de alcanzar, cuando son realmente libres. Muchos prejuicios se derrumbaron el día en que tuvimos nuevo presidente, y usted lo sabe. La sonrisa del hombre que ahora rige a la nación más poderosa del mundo, fue como la voz de la fe y de la esperanza para todos los oprimidos del mundo, sea cual fuere su lugar de origen. Por primera vez, coronel, creo que todos hicimos algo más que pronunciar arengas y proclamar falsos principios que éramos los primeros en no cumplir luego.

—Sí, inspector McDarrin. Y todo... ¿por qué? Porque entre los candidatos elegidos para gobernar Estados Unidos, precisamente por gran mayoría, por primera vez en nuestra historia... elegimos un... un presidente...

—Un presidente NEGRO, coronel —afirmó McDarrin enérgicamente—. Sí, eso es: el primer presidente de raza negra de Estados Unidos de América... al que intentaron anoche asesinar salvajemente, a través de un ejecutor sobrevolando la Casa Blanca.

CAPÍTULO II

EL INSOLITO PRESIDENTE

El rostro noble, oscuro, destacaba bajo las luces de proyectores y focos cinematográficos y de la televisión. Ante él, los micrófonos formaban manojo. La conferencia de Prensa presidencial, estaba en su momento cumbre. Los reporteros allí presentes, bajo el control y estricta vigilancia de los agentes de seguridad, hacían preguntas y más preguntas.

Serenamente, el primer magistrado de la nación, aquel hombre alto, esbelto, de pie color ébano, ojos inteligentes y cabellos rizados, impecablemente vestido con su terno gris perla, su camisa azul suave y su corbata de un color azul cobalto intenso, con leves detalles blancos, respondía a todas ellas, con la mirada fija en las cámaras de televisión, que estaban retransmitiendo su imagen a todo el país y, por conexión vía satélite, a todos los países del mundo, expectantes tras las primeras y confusas noticias del atentado de la noche antes, sobre los jardines y la mansión ejecutiva de Washington, D. C.

Las pantallas de color transmitían por doquier aquella joven, vital imagen de un hombre de raza negra, el primero entre los suyos que ascendía al más alto peldaño político del país, porque así había votado la gran mayoría de americanos de todas las razas y de todas las condiciones sociales, desde los hermanos de raza del nuevo presidente, hasta los yanquis del Norte o los cetrinos y vivaces «chicanos», los puertorriqueños ávidos de justicia social, y tanta y tanta gente desde el Pacífico al Atlántico, y desde la divisoria canadiense hasta la frontera mexicana y las islas del Caribe.

El primer presidente de raza negra hablaba de sí mismo. Pero, sobre todo, del país. Y de la serenidad necesaria en todos para sobrellevar los momentos difíciles y las crisis más graves. El suceso no parecía haber alterado en lo más mínimo su serenidad, su arrogancia y su firmeza de espíritu.

Por fin, un reportero del *Washington Post* hizo una aguda pregunta

que todos, en el fondo, se estaban formulando:

—Señor presidente: ¿qué se sabe del culpable de ese atentado que tan graves consecuencias pudo haber reportado para usted y para el país entero? ¿Quién es él?

El presidente les miró, calmoso. Su voz sonó grave, profunda, llena de matices sosegados:

—Las autoridades no cesan de trabajar para llegar pronto al fondo de la cuestión. Desgraciadamente, es muy poco aún lo que se sabe, pero puedo notificarles, señores, en primicia informativa, puesto que he sido informado a última hora de ello, y no hay inconveniente alguno en que se difunda ahora, que la identidad del joven ocupante del helicóptero agresor, ha sido ya establecida por el FBI, sin lugar a dudas.

—¿Quién es él, señor presidente? —quiso saber otro periodista, poniéndose en pie.

—Su nombre es Delmer Atkins. No dice mucho por sí solo. Es un joven universitario de buena familia del medio oeste. Se está intentando localizar a su familia para informarle de los hechos, aunque los primeros indicios son que vive solo, sus padres fallecieron, y no posee familia conocida. De todos modos, se sigue investigando sobre eso. El muchacho, según los expertos en psiquiatría, parece presentar algunas anormalidades de carácter.

—¿Demencia, señor presidente?

—Ése es un término demasiado rotundo y arriesgado.

—¿Obsesión destructora, inclinación al crimen o a la violencia? —sugirió otro.

—Por favor, en ese terreno sería prematuro pronunciarse —la mano del presidente se agitó, expresiva, ante los componentes de la reunión—. Dejen que la policía y los médicos lleguen a conclusiones definitivas.

—¿Y el explosivo en el helicóptero...?

—Nitroglicerina, sin duda alguna —terció el vicepresidente, inclinándose hacia los micrófonos—. Eso sí está comprobado. Una carga especialmente dispuesta, con las medidas de seguridad pertinentes, para que sólo estallara al producirse un choque violento o una reacción de simpatía, como fue el estallido del combustible, al ser alcanzado por las balas de nuestros agentes de seguridad.

—¿Qué opina usted sobre el asunto? —indagó otro periodista—. ¿Magnicidio aislado, por obsesión enfermiza, complot...?

—Señores, soy el presidente de este país, no el director general del FBI —dijo el presidente con fácil sonrisa—. Les aseguro que tengo tanto interés como ustedes, respecto a ciertos interrogantes que ofrece el caso. Por desgracia, deberá esperar, como esperamos todos, a que las autoridades se pronuncien oficialmente sobre una serie de cosas. Entre tanto, sólo puedo decirles algo: gracias por su interés en el problema, gracias por su apoyo previo, y tengan por seguro que no habrá precipitaciones, injusticias ni prejuicios en este caso. Ese joven agresor será examinado de modo minucioso, hasta que estemos seguros de que nos hallamos ante un fanático, un delincuente... o sólo un enfermo. Creo que, por el momento, esto es todo, caballeros.

Allí terminaba virtualmente la conferencia de Prensa. Para todos el presidente polarizaba la atención general de todo el país. Pero desde ese preciso instante, otro nombre era atracción de Estados Unidos. Y, no tardando mucho, de todos los países del mundo.

Un joven estudiante del medio oeste, llamado Delmer Atkins...

* * *

Delmer Atkins. Veinte años. Estudiante de Filosofía y Letras. Alto, espigado, pelo castaño claro, algo largo. Ojos azules, expresión afable y casi risueña.

Era el hombre.

Alrededor de él, se movía la silenciosa legión de policías federales; y los médicos, psiquiatras en su mayoría. El detector de mentiras había funcionado ya varias veces. El penthotal tampoco era ya útil. Las respuestas eran semejantes. E igualmente oscuras, indefinibles, turbias:

«—No lo sé... No sé por qué lo hice...

—Sólo quería matar... Matar... *¡Matar!*

—¿Por qué? No lo sé... Tenía que hacerlo. Eso es todo...

—¿Odio? No, no odio al presidente... ¿Los negros? No, no soy racista. Nunca lo fui. No he tenido problemas con ellos. Ni con nadie. ¿Votar? No le voté a él. No. ¿Por su color? No... Es porque soy del otro partido político. Voté por su contrincante. No me

importó que yo perdiera y ganaran otros. Es la política...

—No soy violento. No me gusta la violencia. No, no la detesto... Pero no me gusta. Tampoco detesto a los pacifistas. No, a nadie... ¡No sé, no sé por qué lo hice, lo juro!

—¿Si lo haría... *ahora*? No... sé... No creo... No hay un motivo... ¿Antes? No, supongo que tampoco lo había... ¿Explosivos? No, no entiendo de ellos... ¿Nitroglicerina? ¡Cielos, aprendí a saber lo que era en el colegio, en el laboratorio de la Universidad!... Sí, supongo que me asustaría manejarla... No, no sé por qué iba en el helicóptero...

—¡El helicóptero!... Oh, Dios, no, no sé por qué lo robé... ¿Lo robé yo? ¿Lo quité yo? No, no lo creo... ¿Pilotar aviones, helicópteros...? No sé... Sí, sí. Ahora recuerdo... ¡Por favor, no puedo acordarme de todo! Me... me aturden ustedes... Tripulé helicópteros, sí. En el Aeroclub deportivo... Estuve a punto de obtener el título... Hubo un accidente. Fallé en un examen. Perdí la ocasión de conseguir ese título...

—No, no pertenezco a ningún partido político... No soy comunista... ¡No, nunca he sido ni seré miembro de la extrema derecha! No me gusta el terrorismo... El anarquista es un imbécil peligroso... El fanático de la política... un ciego o un estúpido... o un monigote... Por Dios, déjenme... Déjenme descansar... Descansar... Sólo quiero eso: descansar...».

* * *

—Descansar... Sí, ya descansa. Duerme tranquilamente. No, no es ningún nuevo experimento. Duerme, eso es todo, inspector McDarrin.

Charles Sloane, experto federal en Psicología, se volvió al doctor Milles, psiquiatra de la Casa Blanca. Ambos hombres cambiaron una mirada, mientras McDarrin estudiaba, ceñudo, las declaraciones mecanografiadas del joven Atkins, así como diversos gráficos de encefalogramas y pruebas psicotécnicas.

—¿Estamos ambos de acuerdo, doctor? —indagó el agente federal.

—Sí, Sloane —aceptó el doctor Miller, sacudiendo la cabeza—. Totalmente de acuerdo, amigo mío. Este joven es mentalmente sano. No tiene motivos para odiar ni destruir a nadie. Y no es

particularmente violento. No más de lo que podemos serlo cualquiera de los entes humanos de nuestra bendita época, cuando menos. Yo podría jurar que, ciertamente, dista mucho de ser un jovencito al estilo de aquel de *Clockwork Orange*[1]. Por tanto, nada particularmente psíquico le empujó a la violencia. Ni existió impulso propio que le indujera a matar o a destruir.

—Entonces... ¿qué cree usted?

—Lo mismo que usted, Sloane. Ese muchacho ha sido manipulado por alguien. Se le drogó y se le utilizó como un simple autómatas controlado a través de una voluntad ajena.

—¿Hipnosis?

—Es posible que existiera también. Yo juraría que sí, para serle totalmente sincero. Pero la hipnosis por sí sola, no bastaba. No estamos ante un gran sugestionador, sino una persona que necesita de alucinógenos para ayudarse en sus experiencias. Pero le dan resultado. Ese joven sigue sumido en un trauma evidente, y no razona bien, ni ve claras sus acciones, ni tan siquiera sus ideas.

—En resumen: el joven Delmer Atkins no es apenas nada. Sólo un pelele en un juego sucio y peligroso, que tiene por objeto aniquilar al presidente... o a la propia estructura de nuestro país.

—Pudiera ser, Sloane. Ahora, lo difícil será hallar el eslabón que una a Atkins con... con otras personas. Se han asegurado de que, aunque cayera en manos de la autoridad, no contribuiría a delatar a sus inductores.

—Tal vez después de descansar, cuando ese muchacho se recupere... pueda recordar algo que nos sea útil.

—Tal vez —se encogió de hombros el doctor Miller, con aire dubitativo—. Pero no debemos confiar demasiado en esa posibilidad, amigo mío. Podríamos llevarnos una gran decepción.

—No confío en nada. Sólo apunto una posibilidad.

—Es eso, justamente: una simple posibilidad. Si no recuerda nada, si no sabe quiénes le manejaron a su antojo... habremos chocado con un muro sólido y sin fisuras.

—Estoy preparado para todo. Pero sea como sea, llegaré detrás de ese muro, doctor.

—¿A través de Delmer Atkins? —dudó el psiquiatra, con leve ironía fatigada.

—A través de lo que sea. Es preciso, doctor. Presiento que estamos

ante algo horrible. Ante un peligro alucinante, que a todos nos amenaza por igual.

—Sí, Sloane —suspiró el médico—. Ésa es también, desgraciadamente... mi propia sospecha. Lo malo es que también sospecho algo más: que *nunca* llegaremos a ninguna parte...

* * *

Yvonne Davis acababa de revelar su película.

Era algo que hacía cada día, desde que se dedicaba a aquella profesión. Su vida transcurría entre celuloide, objetivos, emulsiones y luces rojas de cámaras oscuras para revelado.

Ese trabajo le proporcionaba buen dinero. Yvonne Davis era una de las reporteras cinematográficas de más prestigio en el terreno de la publicidad; sus *spots* para la televisión y sus filmaciones para exhibiciones de publicidad cinematográfica, eran los mejor pagados y considerados, dentro de aquel absurdo y fantástico mundo del anuncio y sus técnicas.

La filmación de este día, era una de tantas. La había llevado a cabo en los lugares elegidos para realizar su reportaje. Sabía escoger esos sitios. Formaba parte de su tarea.

Poco antes, mientras pasaba y repasaba la cinta de celuloide positivada, había creído advertir algo raro en algunos de los fotogramas. Algo que no entraba en sus cálculos filmar.

Ahora, cuando tenía ya seca una de las copias en color, se dispuso a comprobarlo, sin lugar a dudas. Pasó a la sala vecina, y enrolló la película en una bobina, conectando el proyector.

Sobre una pantalla colgada del muro, empezaron a surgir imágenes nítidas: helicópteros, un aeroclub publicitario, carteles de diversos productos anunciados luego en las nubes por esos mismos helicópteros y avionetas. Mecánicos, gente que desfilaba ante el objetivo de su cámara, distraídamente...

Ante el «gran angular» y el «ojo de pez», se movían los motivos filmados con extrañas perspectivas. De repente, Yvonne detuvo la filmación. Un fotograma se fijó sobre la pantalla. Ella fumaba en silencio, encogidas sus piernas entre los multicolores cojines de su asiento.

Se irguió. Estudió, con ojos muy abiertos, el fotograma. Dio marcha

atrás a la cinta. La volvió a pasar. Y la detuvo en tres ocasiones, sobre determinados planos fijados por el proyector.

—Estaba segura de ello... —musitó Yvonne Davis, pensativa, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué puede significar eso?...

Los ojos de Yvonne, mecánicamente, se clavaron ahora, a la claridad de la proyección en color, sobre la mesita. Los titulares llamativos del *Washington Post*, atrajeron su atención como si tuvieran magnetismo propio:

«MISTERIO SOBRE EL FRACASADO MAGNICIDIO. ¿QUIEN MANEJA EN LA SOMBRA LOS HILOS DE LA TRAMPA? ¿QUIEN DROGO E IMPULSO A UN JOVEN UNIVERSITARIO PARA QUE ASESINARA AL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS?».

Las fotografías del joven Delmer Atkins y del propio presidente de raza negra, aparecían en primera plana, flanqueando los titulares. Yvonne estaba preocupada. Ligeramente pálida. Se incorporó. Fue al teléfono. Tras una duda, marcó una serie de cifras. Esperó, mientras el timbre llamaba, al otro lado. Por fin, descolgaron. Una voz sonó:

—Apartamento del señor Payton. ¿Quién llama, por favor?

—Una amiga —dijo ella—. Soy Yvonne Davis. Necesito hablar urgentemente con él.

—El señor Payton no está, señorita —dijo la voz melosa del teléfono, sin duda la de una mujer de color—. Y no sé cuándo vendrá, exactamente. ¿Quiere que le diga algo?

—No, nada —suspiró ella. Luego, vaciló—: Sólo que... que necesito hablarle con urgencia. Dígame que me llame en cuanto llegue. Como periodista que es, hay algo que sé y que puede interesarle. Sobre el atentado en la Casa Blanca... Sólo eso debe decirle. Esperaré su llamada.

—Muy bien, señorita Davis. Se lo diré en cuanto llegue, esté segura...

Yvonne le dio las gracias y colgó, marcando otro número. Esperó. Poco después, una voz de mujer respondía:

—¿Sí, quién llama?

—Lizz... ¿eres tú? —preguntó.

—Sí, yo misma. ¿Quién eres?

—Yvonne.

—¡Yvonne! Hacía semanas que no sabía de ti... ¿Algo nuevo?

—Espero que sí. He tenido mucho trabajo. Ahora hay algo más que simple trabajo, Lizz. Algo que puede ser *mu*y importante. Y muy grave. Es... es terrible, Lizz...

—Me asustas, Yvonne... —La voz de la otra mujer, tan joven como la suya propia, replicó con angustia—: Te noto preocupada, como asustada... ¿Puedo ayudarte en algo?

—No lo sé aún. Estoy confundida... —Fumó nerviosa, aplastó luego el cigarrillo en el cenicero de vidrio—. Oh, cielos, me pregunto...

—¿Qué?

—Nada... Lizz, prefiero esperar a saber qué hacer. Esto es peligroso, terrible... Política, la paz del mundo, no sé... ¿Leíste los periódicos, Lizz? ¿Sabes lo... lo de la Casa Blanca?

—Cielos, Yvonne, no se habla de otra cosa. La televisión lo repite constantemente. ¿Qué tiene eso que ver con tu problema?

—Aún no sabría decirlo. Quizá mucho... Lizz, te llamaré más tarde. Espero una llamada... Además, debo hacer aún alguna otra... He de preguntar ciertas cosas...

—Yvonne, ten cuidado. Me preocupas. No vayas a tocar algún asunto peligroso... ¿Has hablado con la policía, con alguien que pueda orientarte? Un abogado, alguien de confianza...

—Tengo alguien de confianza, no lo dudes —sonrió Yvonne Davis—. Un buen amigo mío... que no me dejará sola en este problema. Hasta más tarde, Lizz.

—Espera. Yo debo irme ahora... Empiezo el trabajo en el *Stork* dentro de una hora...

—Te llamaré o te veré en él *Stork* esta misma noche. Un abrazo, Lizz. Y no te alarmes por mí. Yo sé hacer las cosas...

Colgó. Momentos después, hacía una tercera llamada...

Justamente la llamada que jamás debió hacer.

* * *

Jeff Payton tardó esa noche más de la cuenta en llegar a su casa a cenar.

Lo cierto es que cenó en un restaurante rápido, en diez minutos escasos, apresurado y nervioso. Ni siquiera se le pasó por la mente llamar a la fiel Hattie para decirle que se demoraría en volver y que podía dejar la cena en el refrigerador o en el calentador de platos, según fuese el menú, para el día siguiente.

Había motivos para no volver a casa. E incluso para estar tan nervioso que olvidara avisar a la buena de Hattie y saber si había algún recado para él en su apartamento.

Motivos de primera magnitud. Suficientes para hacerle partir apresuradamente hacia el edificio del Palacio de Justicia, de donde acababa de llegarle la tremenda noticia, por boca de un buen amigo suyo en el FBI, como era el agente especializado en Psicología, Charles Sloane.

La noticia había sido escueta. Tremendamente escueta. Demasiado, quizá:

—Ven enseguida, si puedes. Sólo unos pocos lo saben va, pero... Delmer Atkins ha muerto. Le han asesinado, Jeff...

CAPÍTULO III

ESLABONES DE SANGRE

Muerto. Asesinado.

Jeff Payton contempló el cadáver en silencio. No pronunció palabra. Nadie lo hizo, por muchos minutos. Había una tensión lúgubre en el ambiente.

Eran pocos los reunidos allí: McDarrin, el coronel Kingsby, el agente Sloane, el doctor Miller... el secretario de Estado, el Fiscal General y dos periodistas: él, y Roy Denberg, portavoz casi oficial de la Casa Blanca, miembro ejecutivo de la Prensa washingtoniana, y autor de varios libros destructivos sobre la sociedad de su tiempo y la política del país.

Ocho hombres, en torno a un cadáver. Media luz difusa, silencio y crispación. Y algo así como hielo intangible, solidificándose paulatinamente entre todos ellos.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así?

Era Roy Denberg, el gigantesco, fornido y casi fabuloso Roy Denberg, monstruo sagrado del Cuarto Poder de Estados Unidos: La Prensa. El había hablado. Sus ojos azules, helados y duros como dos trozos de acero afilado, fulguraban en el fondo de sus párpados rugosos. La enorme humanidad del hombretón vestido de estridente terciopelo color verde hierba, de indescriptible corbata ancha de mil colores y camisa estampada, con gemelos voluminosos, de oro puro, en sus puños, paseó por la estancia con recia pisada, tras hacer su hosca pregunta, que era casi una acusación contra personas indeterminadas.

La respuesta de McDarrin fue, suave, casi medrosa Y, desde luego, saturada de justificaciones apenas coherentes:

—Me gustaría saberlo, Denberg. Esto va a ser un escándalo colosal. Ha ocurrido aquí mismo, delante de nuestras propias narices... No hay justificación posible.

—Eso es lo de menos —cortó secamente Jeff Payton, sacudiendo su cabeza joven, enérgica. Los cabellos rebeldes, castaños, se agitaron

con su movimiento. La mirada, parduzca y dura, inquisitiva y belicosa, como correspondía a un reportero tan combativo como él, se clavó casi con reproche en el mítico Denberg, maestro de maestros del periodismo—. Las justificaciones no conducen a ninguna parte, inspector. Lo importante es saber *cómo* sucedió. Sin culpables. Sin responsabilidades posibles.

—Ya lo ven: mataron a este muchacho.

—Sí, pero ¿cómo?

—Estúpidamente. Torpemente..., Nunca debimos dejar entrar esa cena sin analizarla previamente...

—¿Una cena?

—Una cena, sí. Algo frecuente en una persona encarcelada. La enviaba alguien con una tarjeta firmada: unas personas amigas de Delmer Atkins, según decía allí. Se le pasó la bandeja de alimentos, tras un simple examen de rutina: al no hallarse nada anormal en los alimentos y viandas, se permitió su acceso al detenido. Ya me entienden: no había mensajes, ni nada parecido, sólo comida. Y apetitosa, por cierto. Con agua mineral y un cazo de café. Luego, de repente... Atkins comenzó a chillar. Se revolcaba, entre horribles sufrimientos. Se diagnosticó rápidamente envenenamiento. Se le atendió. Se hizo todo lo posible. El veneno era muy activo: un tóxico vegetal bastante inapreciable en salsa de sabor fuerte, como era el caso... La muerte fue casi inmediata. Se nos quedó entre las manos, el desdichado. Creo que ni siquiera hubiera podido decir nada, aunque supiera quién era su asesino. No tuvo tiempo.

Otro silencio reinó en la estancia. Se miraban todos entre sí, como temerosos de romperlo. La voz agria de Denberg se elevó, casi amenazadora:

—A pesar de cuanto digan, es vergonzoso. Incalificable. Mañana leerán mi crónica. Espero que cosas así no se repitan en nuestro país. Bastarían para desprestigiar a la policía más admirada del mundo...

—Lo peor de todo, no es el prestigio, Denberg —masculló de mala gana Sloane—. Lo peor es que Atkins está muerto.

—Y el caso, virtualmente, se ha cerrado —añadió el doctor Miller sombríamente.

—Sin resolver, naturalmente —dijo con sarcasmo el periodista omnipotente—. Hasta que otro loco o drogado, tenga más suerte

que Atkins... y asesine al presidente. O a todo el Gobierno.

Jeff Payton no comentó nada. Estaba examinando el cadáver del joven estudiante, del Medio Oeste, culpable aparente de todo, y víctima quizá de la siniestra conspiración que empezara con un inocente helicóptero publicitario sobrevolando la Casa Blanca.

—¿Sabe esto el presidente? —se interesó de pronto Denberg.

—Sí —musitó McDarrin secamente—. Lo supo apenas sucedió.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada —cortó con frialdad Sloane—. El es más comprensivo que usted. O más compasivo tal vez.

—Con la compasión y la buena fe, no se va a ninguna parte, señores —tronó el gigantesco escritor—. No es su vida como simple ciudadano lo que está en juego, sino la seguridad del primer magistrado de la nación que puede arbitrar en el mundo. Todos deberían entender eso.

—Es evidente que lo entendemos —suspiró Jeff Payton, mirando con hostilidad a su colega—. Incluso quizá Delmer Atkins lo entendía..., pero alguien manipuló su cerebro a distancia, haciendo de él un guiñapo a su servicio, Denberg. Eso puede ocurrirnos a cualquiera de nosotros, incluso a usted. En cuanto a deshacerse de alguien que estorba, que ya no es necesario o que sabe demasiado... se puede hacer en cualquier momento. Yo podría estrangularle ahora aquí mismo, Denberg, sin que estos caballeros de la Oficina Federal llegaran a tiempo de impedirlo. Y la verdad es que, si no lo hago, creo que es más por evitarles otro desprestigio, que por respetar una vida como la suya, que vale bastante menos de lo que usted imagina...

Y, tras esa andanada, imprevisible para todos, especialmente para el propio Denberg, que se congestionó, enfurecido su gesto de habitual desprecio, Jeff Payton abandonó la fúnebre estancia del Departamento de Justicia, donde reposaba ahora el cadáver del joven que tan enigmáticamente atacó desde el aire a los ocupantes de la Casa Blanca...

* * *

Yvonne Davis separó el cigarrillo de sus labios.

Miró hacia la puerta del apartamento. El timbre acababa de sonar.

Tras una brevísima pausa, insistió en su suave, musical tintineo. Dejó el cigarrillo en el cenicero. Se incorporó. Los ceñidos pantalones sentaban bien a sus bien formadas piernas. La blusa mal abotonada, permitía descubrir el inicio de unos senos firmes y macizos.

Caminó hacia la puerta, con pisadas rápidas y felinas. Los altos tacones charolados de sus zapatos de casa hallaron la alfombra, hacia la entrada. Por tercera vez, impaciente, llamó su visitante al timbre.

Al fin respondían a sus llamadas. Alguien venía a vería. No creía que fuese Lizz. Ella tenía trabajo a estas horas. En el *Stork* terminaban siempre tarde. Bien avanzada la madrugada. No era fácil que abandonara su tarea. Aquella gente de los clubs nocturnos era muy severa en el horario de su personal. Especialmente, cuando ese personal era como Lizz...

Quizá Jeff... Sí, quizá la fiel Hattie le habría dado el encargo. Si era así, él era de las personas que, en vez de recurrir al hilo telefónico, se movería rápidamente, para establecer contacto personal con ella. Así era Jeff Payton. Así había sido siempre, desde que ella le conocía, cuando menos.

—¡Ya va, ya va! —dijo con cierto enfado, cuando la cuarta pulsación al timbre la sorprendió entrando en el vestíbulo, reducido y cuadrangular, tan deliciosamente decorado como el resto de su apartamento—. Oh, qué impaciente...

Abrió la puerta. Ni siquiera se le ocurrió echar previamente la cadena. Nunca lo consideró necesario. Ella incluso se reía de aquellos comentarios sobre la frecuencia de asaltos y violaciones a las muchachas bonitas de Washington o de cualquier otra ciudad norteamericana.

Era bonita, y lo sabía. Era atractiva físicamente. Pero nunca tuvo miedo. Ni necesitó protegerse especialmente de nadie. Aunque tal vez ahora, después de lo visto en la cinta cinematográfica, hubiera debido obrar de distinto modo.

Pero de eso, Yvonne Davis se enteró demasiado tarde...

—Oh... —murmuró al abrir—. No esperaba...

—¿De verdad no me esperabas, Yvonne? —sonrió su visitante, en el umbral—. Antes pensé que era diferente...

—Bueno, quizá lo fuera. Pero tras lo que hablamos, imaginé...

—Imaginaste mal. Aquí estoy, amiga mía. Parecías muy agitada por teléfono...

—Tenía motivos para estarlo, ¿no?

—No sé... —Los ojos la miraron, reflexivos—. No sé... ¿Puedo entrar?

—Claro —se hizo a un lado, tras una corta vacilación—. ¿Por qué no? Espero... espero a otras personas...

—¿Otras personas? —rígidamente, el cuerpo de su visitante giró hacia ella. La mirada casi la quemó—. ¿Quieres?

—Amigos...

—¿Qué amigos?

—Amigos míos...

—¿Hombres?

—Y mujeres. Los amigos no tienen por qué tener sexo...

—No, claro —hizo un gesto—. Disculpa. ¿Puedo entrar, a pesar de todo?

—Desde luego. Ellos no pueden tardar... —Miró, nerviosa, al reloj mural.

También su visitante miró. Las agujas parecieron fascinar a los ojos de la persona que llamara al timbre tan impacientemente. Hubo un movimiento nervioso en aquel visitante.

—Será mejor que hable rápidamente y me vaya —dijo—. No quiero coincidir con tus amigos. No quiero ver a nadie. Sólo vine porque me... me asustó lo que decías. Me preocupó, Yvonne...

—¿Te asustó? —insistió ella—. ¿Fue eso? ¿Miedo?

—Quizá. Hay cosas que siempre asustan un poco.

—Un poco... o mucho.

—Sí. Tal vez mucho... Oh, Yvonne, terminemos de una vez. ¿Qué diablos ocurre con... con esa película que mencionaste? No te entendí bien del todo...

—Pero te asustaste —sonrió ella, agresiva—. Eso significa algo, ¿no? Significa que quizá yo vi bien en ella. Que supe interpretar...

—¡Y bien! ¿Qué interpretaste? —Se enfureció su visitante.

—Lo que veía... —Ella clavó en la otra persona su mirada casi agresiva—. Creo que no hubo error, ¿verdad? Ningún error. En aquel hombre...

—¿Qué hombre?

—Ese joven... Atkins. Delmer Atkins... y algo más...

—Algo... ¿cómo qué?

—Como esto —ella alzó entre sus dedos un fotograma. Lo mostró, ostensiblemente, a la luz—. ¿No es una imagen admirablemente captada?

Se lo arrancó de los dedos. Unos ojos febriles se clavaron en aquel rectángulo de celuloide en color. Sonó una sorda imprecación ahogada. Sí, la imagen parecía ser perfectamente nítida. Muy clara para el visitante...

—Muy bien, Yvonne... —jadeó—. Es una imagen perfecta. ¿Y el negativo? ¿Y la cinta de donde cortaste este fotograma? ¿Dónde está todo?

—Aquí —dijo ella—. En casa.

—Ya. ¿Está, quizá, a la venta?

—¿Venta? —La mirada de Yvonne brilló—. No había pensado en precio alguno...

—Es un error. Todo tiene su precio. Tus... tus amigos... ¿saben algo?

—Muy poco —musitó—. Pero vendrán. Ellos pueden saber... lo que he filmado. Es más: deben saberlo.

—¿Aun... aun con ese dinero por medio?

—¿Qué dinero? Hablaste de un precio, pero no de cuál...

—Tú tienes el artículo. Tú vendes. Cifra la cantidad, Yvonne.

—No sé... Ya te dije que no lo había pensado... Es más: imaginé que esto tenía cierto valor para otras personas... Un valor... como *prueba*.

—Prueba... ¿de qué? —Se volvió vivamente su interlocutor, estrujando el fotograma entre los dedos, hasta que crujió el celuloide quebrado.

—Tú parecías saberlo... —sonrió Yvonne aunque, a su pesar, dio un paso atrás, preocupada—. Soy una profesional. Vivo de eso. No me preocupa la política. Ni nada de nada, salvo mi propia existencia y mi futuro. La película publicitaria da dinero. Pero no tanto como un acuerdo con ciertas personas... cuando hay ciertas cosas que vender...

—Piensas con mucha inteligencia. Tienes sentido común, Yvonne. Y gran idea de lo práctico.

—Te equivocas. Tú me has sugerido la idea. Pensé hacer algo muy distinto.

—¿Como... entregarlo? ¿A... tus amigos?

—Sí. Cualquiera de ellos lo mostraría al FBI... Creo que sabes el resto.

—No es difícil imaginarlo. Si has dicho algo a cualquiera de ellos... ya no puede haber arreglo, Yvonne.

Tendrás que afrontar las consecuencias de tus actos. Y yo... yo deberá irme lejos de aquí. Lo más lejos posible...

—De modo que es cierto... Lo que prueba esa película es verdad.

—¿A qué negarlo? Claro que es verdad... Responde a mi pregunta, sin embargo. ¿Alguno de ellos sabe ya...?

—No. No con detalle. Saben que hay algo. Que deben venir... y averiguar lo que tengo en mis manos... para aconsejarme al respecto.

—Entiendo... —Los ojos se mantenían fijos en ella. Extrañamente fijos. Con una rara frialdad. Los labios se apretaron—. Nadie sabe nada... excepto tú y yo, Yvonne...

—Eso es. Excepto tú... y yo. Si tienes un precio... di cuál. Yo decidiré.

—Medio millón.

El silencio fue aplastante. Como una losa sobre ambos. Especialmente, sobre la joven reportero.

—¿De... dólares? —jadeó.

—Claro. En efectivo. Billetes del Tesoro. Quinientos mil.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. A cambio de esos negativos y esas películas.

—¿Y si me negase...?

—Entonces... —Su visitante inclinó la cabeza—. Sabes lo que significaría. La muerte para mí. O, cuando menos, la ruina total. El fin.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué hiciste eso?

—Por lo que se hacen muchas cosas: política, intereses, pasiones, prejuicios... Nunca se sabe la verdadera razón. Deja que yo guarde la mía. No es asunto tuyo, Yvonne. Decide lo que hayas juzgado más conveniente...

—No... no sé... —susurró ella apagadamente—. Debería pensarlo... Existe un deber, una moral. Pero existen también unas ambiciones, una necesidad humana de prosperar, de ir más arriba... No sé qué camino elegir. Si pudieras pensarlo...

—Si lo piensas, tal vez hables demasiado. Es mejor decidir ahora. Dame esos negativos, esas películas. Te firmaré un documento. Será la mejor garantía para ti... hasta mañana. No puedo darte ahora ese dinero en efectivo, compréndelo.

—Lo comprendo. ¿Me firmarás también un cheque?

—Sí, también. Lo que quieras. Estoy en tus manos, y lo sabes. Veamos esas películas, pronto...

—Están en el cuarto de revelar. Te las daré ahora... —Emprendió la marcha hacia el interior del piso. De repente, se detuvo. Giró la cabeza. Miró con angustia a su visitante. Negó de súbito. Con energía—. No, Dios mío... No. No puedo hacerlo... Ese hombre... nudo morir esa noche... Y todo, ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por prejuicios, por intereses, por odio, por política? ¿Eso justificaría la muerte de un hombre bueno, de un político quizá sano y honesto?

—No lo sé. Tú ibas a vender tu silencio hace un momento... por sólo medio millón. Y en esto hay más en juego. Mucho más, Yvonne...

—He reaccionado a tiempo. No vendo mi trabajo. No vendo esas pruebas. No me vendo ahora... ni, nunca. Vete. Te daré un tiempo. Huye lejos... lejos de aquí. No me gustaría verte bajo esa tremenda acusación... Es todo lo que puedo hacer por ti.

—Eres muy generosa. Muy noble —una leve risa brotó de aquellos labios. Los ojos seguían siendo fríos, penetrantes, tremendamente deshumanizados—. ¿Esperas que te crea? ¿Que admita semejante generosidad por tu parte? No, Yvonne. Irías enseguida al teléfono. O a cualquiera de tus amigos. O a un policía. Darías mi nombre. Y las películas...

—No, te juro que no...

—Te engañas. Como te engañabas antes... cuando querías dinero. Sólo dinero... por un secreto tan terrible como ése, que quemaría tus labios, tu conciencia... No, Yvonne, pequeña amiga. Eres demasiado simple y estúpida para confiar en ti. Te crees lista, y estás llena de torpezas y de errores... ¿Fíame de ti? Jamás... Tampoco me hubiera fiado con esos negativos y películas en mi poder...

—¿Qué... qué hubieras hecho, entonces?

—Lo mismo que voy a hacer ahora... —Los labios se curvaron en una mueca fría, hermética y significativa a la vez—. ¿No lo

entiendes, bella y pequeña Yvonne?...

—No... No... ¡Oh, no! —sollozó la joven reportero de publicidad, dando un paso atrás, repentinamente pálida, desencajada, como si una espantosa idea, nunca imaginada, asaltara su mente, sus pensamientos, su intuición de mujer—. Eso... eso significaría...

—Sabes lo que significaría... Lo sabes, Yvonne. Lo sabes.

—No... ¡No lo harás! No puedes...

—¿Asesinar? —Una breve carcajada brotó de labios de su interlocutor. Se acercó a ella, paso a paso—. *Ya he asesinado antes...* Un hombre ha muerto hoy mismo, Yvonne... Un hombre al que tienes en ese fotograma...

—¿Qué... qué dices? —Se aferró a la cortina del umbral, angustiada, lívida.

—Delmer Atkins. Muerto. Está muerto, ¿comprendes? Asesinado, sí... ¡por mí!

Yvonne estalló en un sollozo ronco. Quiso gritar, escapar. Demasiado tarde.

Su visitante cayó sobre ella. La Muerte había entrado en casa. Desde un principio. Nunca hubiera habido arreglo. Ni dinero. Ni pacto de silencio. Nada. Sólo la muerte...

CAPÍTULO IV

CELULOIDE MORTAL

La muerte.

Otra vez la muerte...

Jeff Payton empezaba a sentirse acostumbrado a ella. Pero esta vez, sentíase más perplejo que nunca. Aturdido, paseó por el apartamento. Luego miró la sangre, las cortinas abatidas, el cuerpo encogido, roto por la brutal agresión.

No lejos de ella, yacía el arma silenciosa, eficaz, mortífera. Una sencilla navaja automática de ancha y afilada hoja. Unos pocos tajos habían bastado. Sin ruido. Sin violencia aparente, fuera de aquel apartamento.

Yvonne Davis poco pudo hacer. Tenía tajos en sus manos, en sus brazos, mientras intentó desesperadamente defenderse. Ojos desorbitados, llenos de angustia y de terror. Enfrentados a su verdugo. A su muerte...

—Y todo esto... ¿por qué? —susurró Jeff Payton, enjugándose el rostro sudoroso—. ¿Por qué? Ella habló del atentado en la Casa Blanca... De algo urgente que podía interesarme mucho como periodista... Y me encuentro esto... Sloane, ¿qué sucede aquí? ¿Qué es lo que está pasando en Washington?

—No lo sé... —confesó roncamente el inspector Sloane, que volvía del fondo de la casa—. Pero el laboratorio fotográfico está todo revuelto, las películas por doquier, las cubas de ácido o de líquido para revelado volcadas... Como si un ciclón hubiera pasado por aquí...

—Películas... —Jeff sacudió la cabeza—. Dios mío, no lo entiendo. Pero quizá haya una razón para todo esto. Algo relaciona a Yvonne con la Casa Blanca. Y, por tanto, con Delmer Atkins...

—¿Usted cree, Payton? —dudó Sloane, mirándole gravemente—. Esta muchacha es sólo una publicista, una cámara de propaganda para *spots*... ¿Por qué suponer tal cosa?

—Por las razones que le he formulado —jadeó Jeff Payton

roncamente—. Hattie no ha cometido error en su encargo. Dijo que Yvonne habló del atentado a la Casa Blanca. De algo urgente. Atkins ha sido asesinado hace pocas horas. Ahora... asesinan a la muchacha. Es algo que tiene cierto sentido, ¿no cree? Son como eslabones. Eslabones de sangre, diría yo.

—Si eso es cierto... ¿qué pudo motivar la muerte de la chica?

—Usted ha señalado hace un momento el posible móvil, inspector

—murmuró Jeff Payton con tono grave—. Esas películas... El laboratorio de revelado. ¿Lo entiende?

—No del todo. ¿Qué sugiere?

—Está ahí mismo el motivo: algo filmado por ella. Una película, posiblemente. Algo revelador. El secreto lo sabía Yvonne. Quizá se asustó al verlo. Y me llamó. Luego... no sé si cometería algún error. O el culpable había advertido algo y descubrió la causa demasiado tarde para rectificarla de otro modo que cometiendo un nuevo crimen...

—Entonces... la posible prueba ha desaparecido. ¿Es eso lo que sugiere, Jeff?

—Evidente. Apenas llegué aquí, me encontré la puerta abierta y descubrí el cadáver de Yvonne, le llamé con toda urgencia. Es su caso, Sloane. Pertenece, al FBI. Yo solamente he sido esta vez un personaje accidental en el drama. Pero puedo decirle lo que Hattie me comunicó al llegar: Yvonne Davis parecía preocupada. Incluso asustada por algo. Quería hablarme. Era urgente. Y se relacionaba de alguna forma con la Casa Blanca y lo sucedido.

—¿Ella solamente se dedicaba a la filmación publicitaria?

—Solamente, inspector. Era atractiva y joven. Podría haber sido modelo o cualquier cosa, pero eso daba más dinero y exigía menos concesiones. Era alguien en lo suyo. Estaba escalando posiciones rápidamente. Ahora, todo eso terminó. Me gustaría saber quién lo hizo, inspector.

—Cuidado, Jeff. No queremos venganzas ni melodramas, sino una acción serena y lógica. Si hay un culpable, puede ser solamente una pieza de un gran *puzzle*. No me gustaría desbaratar una acción eficaz contra enemigos de nuestro país, sólo por cifrar en personalismos nuestros sentimientos.

—No hablaba de venganzas. No soy de éstos, inspector. Creo que tengo una mente bastante fría. Pero si capturo al culpable, si llego a

saber alguna vez quién es, antes de que ustedes mismos sepan algo, nadie va a librar a esa persona de la mayor paliza qué haya recibido en su vida. Yvonne era una buena chica. No merecía esto. Tampoco Atkins, si realmente era un hombre drogado para actuar como lo hizo. A eso me refería, simplemente.

—Le entiendo, Jeff. Y le comprendo. Pero éste es asunto de Estado, si se demuestra que la chica tenía relación con lo sucedido en la Casa Blanca. Lo trataremos como tal. Sin precipitaciones ni sentimentalismos. No hay lugar para ellos.

Payton no dijo nada. Paseó por el corredor, hasta el gabinete donde aparecían encendidas las luces, tal como las dejara la muchacha. Se acercó a la puerta del cuarto de revelado. Muchas películas aparecían veladas por la luz repentina. Otras, dispersas, entre charcos de líquidos químicos. No se entretuvo demasiado en estudiar el escenario del crimen.

—Si hubo algo importante ahí, el asesino se lo llevó consigo —dijo secamente—. Debió actuar deprisa. Iba contra reloj, a juzgar por los indicios. Tal vez supo que Yvonne había llamado a alguien, y temía una interrupción. De todos modos, espero que examinarán todo el material en los laboratorios federales...

—Por supuesto —convino Sloane—. Pero no es fácil que encontremos nada especial...

—Estoy seguro de ello. Sería demasiado esperar, inspector... —Se detuvo de repente. Inclínose sobre una mesita de centro, en la que reposaba un teléfono. Descubrió sobre ella una agenda sujeta al soporte telefónico. Tenía las tapas rojas. Miró a Sloane.

—Nada de particular —murmuró el policía—. Nombres de amigas, de personas de la ciudad... Usted entre ellas. También se examinará, pero no creo que conduzca a nada...

Jeff hojeó la agenda. Se abrió por una página. La letra P. Clavó los ojos en su nombre. Estaba levemente subrayado por un trazo hundido en el papel. Acaso una uña de mujer.

Pasó las hojas al azar. La agenda se abrió por otro punto: la letra W. Buscó con la mirada algo que bullía en su mente.

Y lo encontró.

Una letra subrayada, al principio de un apellido. La W. de Wade. Miró detrás el nombre: Lizabeth.

Estudió el número de teléfono. Lo grabó en su memoria, junto con

el nombre completo: Lizabeth Wade. También había sido llamada recientemente por Yvonne. La marca era casi reveladora.

Pasó de nuevo la amplia agenda, por si la buena fortuna se repetía. No fue así. De nuevo saltaron las mismas páginas: la P. y la W.

Dejó la agenda. Paseó, repitiendo mentalmente el número telefónico. Podía ser importante. Pero algo le decía que lo utilizara en ausencia de Sloane, el miembro especial del FBI destinado al caso de la Casa Blanca.

No sabía la razón, pero quería pensar que algo le impedía actuar de otro modo. Era preferible así. Acaso cometía un error. Quizá estaba mezclándose en asuntos demasiado serios, pero no eran cosa suya. Que eran de la policía. Incluso de una cierta policía: la federal, el Gobierno y todo eso.

Jeff encendió un cigarrillo, mientras Sloane utilizaba el teléfono para llamar a la Oficina Federal. El periodista se alejó, fumando en silencio, con el ceño fruncido y el gesto taciturno. El experto federal en psicología, hablaba rápidamente con su colega McDarrin, oficialmente encargado del asunto, y ocupado ahora en los problemas inherentes a la muerte violenta de Delmer Atkins.

Ahora, otra muerte se unía a la primera. Yvonne, una joven y alegre periodista metida en las tareas publicitarias, cámara al brazo, había seguido en la lista negra a Delmer Atkins.

Lo que comenzó una noche sobre la Casa Blanca, con un ejecutor drogado, manipulado como un autómatas para cometer el magnicidio planeado, se estaba convirtiendo en una serie sangrienta y terrible.

—Sólo falta que ésta sea la última muerte violenta del caso... —se dijo Jeff Payton, sin demasiada convicción.

Luego, volvió a pensar en un número telefónico. Y en un nombre de mujer: Lizabeth Wade...

* * *

Era la tercera prueba. Inútil, como las anteriores.

Lizabeth Wade no contestaba. El teléfono sonaba repetidamente sin que nadie descolgara, pese a lo avanzado de la hora.

Jeff Payton colgó, frotándose pensativo el mentón. Paseó por la estancia, sombría. Era preciso localizar a aquella mujer. No había

una razón concreta, pero sabía que necesitaba dar con ella.

Una mujer, en Washington, a aquellas horas de la noche... Como buscar una aguja en un pajar. No sabía por dónde empezar.

Sólo existía un medio de averiguarlo en pocas horas. Y lo utilizó sin pérdida de tiempo.

Momentos más tarde, detenía su coche en el edificio de la Central Telefónica urbana. No fue fácil, pero lo consiguió de una de las operadoras de servicio, previa consulta con un superior.

—La dirección que usted busca es ésta, señor —le dijo la telefonista, dándole un papel escrito—. Va contra el reglamento, pero dado que es usted periodista y necesita esos datos por motivos importantes, haremos una excepción.

Eran las señas de Lizabeth Wade. Un número bastante alto de Indiana Avenue. Parecía pertenecer a un moderno edificio de apartamentos, cerca de la Calle Tercera. Se encaminó allí rápidamente.

Cuando llegó, tuvo el mismo éxito inicial, pulsando repetidamente el llamador de la entrada, correspondiente al apartamento de la desconocida mujer. Nadie respondió. El interfono de comunicación permaneció silencioso.

Pero estaba preparado para eso. Pulsó otro botón, al azar. Procuró que fuese un apartamento inmediato al de Lizabeth Wade. No tuvo que llamar más de dos veces. Por el comunicador llegó la voz metálica, ostensiblemente irritada:

—¿Sí? ¿Quién diablos llama?

—Policía —mintió fríamente Jeff Payton—. Oficina Federal de Investigación.

—Cielos. ¿Seguro que no se equivoca de timbre, señor? —La voz, radicalmente, cambió de tono en el acto.

—Perdone la molestia, señor. No le llamo a usted, personalmente. Intento comunicar con su vecina, la señorita Wade. Parece que nadie responde. Y es un asunto oficial urgente...

—¿Lizabeth Wade? —La voz trató de ser cortés, incluso solícito—. Oh, ella... ella no acostumbra a estar aquí a estas horas, salvo en su día libre, señor... Ella... ella trabaja de noche...

—Lo suponía —afirmó Jeff—. ¿Sabe dónde, por favor? No le molestaré más.

—Creo... creo que es un club nocturno. Le oí decir algo... Es el

Stork, sí. El Stork Club. Si puedo ayudarle en algo más, señor...

—No, gracias —sonrió Jeff—. Ha sido muy amable, señor. Gracias en nombre del FBI. Y no juzgue mal a la señorita Wade. Es sólo un testigo importante contra alguien...

Era lo menos que podía hacer por reparar en algo, ante los vecinos, el malparado prestigio de la dama. Luego, se encaminó de regreso a su automóvil.

Y partió hacia el Stork Club, en Massachusetts Avenue.

* * *

—Es aquélla. La que está allí, junto a las cortinas rojas...

Miró en esa dirección Jeff Payton. Y empezó a comprender la relación entre Yvonne Davis y Elizabeth Wade.

No se trataba de una corista o una bailarina, como imaginaba. Era un fotógrafo del local. De sus hombros colgaba una cámara con *flash*. Pero eso sí: lucía una brevísima falda sobre su bien formados muslos, ceñidos por la malla color gris humo, que realzaba turbadoramente sus encantos. El alto tacón también contribuía a estilizar la línea de sus bellas piernas.

Pero eso no era todo. Tenía un gusto juvenil y agresivo bajo la blusa escarlata, con el distintivo del club. Y un gracioso gorrito sobre los cabellos de un dorado suave, limpio y natural, como de oro viejo.

Los ojos eran del mismo color humo de sus medias de malla, los labios del rojo de su blusa de seda, y la tez de un suave tono bronceado, que hablaba de sol y de contacto con el aire libre. Eso, en una muchacha de vida nocturna, no resultaba ya tan vulgar.

Jeff se aproximó a la muchacha. La estudió de soslayo. Era joven y llena de encantos. Parecía cordial y risueña, pero quizá no asequible por conquistadores de turno. Calculó su medio mejor de ataque.

—¿Cree que romperé su cámara si me fotografío? —indagó repentinamente.

Ella le miró. Enarcó las cejas. Frunció los labios, con un mohín gracioso. Pero hubo algo de frialdad en el gris metálico de sus pupilas.

—Acostumbro a fotografiar parejas, no hombres solos —replicó—. Pero si paga su foto, no tengo inconveniente. Mi cámara ha soportado impactos mucho peores.

—¿Eso significa que no soy demasiado feo?

—Eso significa que, si su dinero tiene buen color, lo demás importa poco —ella puso un gesto duro repentino—. ¿Va a hacerse esa foto o no?

—¿Es muy cara?

—Dos dólares por ser uno solo. Es precio especial, señor. A las parejas les cobro tres. Y les doy dos copias, eso sí. Pero lo caro es el negativo.

—Sí. Los negativos son siempre importantes —dijo Jeff, sin quitarle los ojos de encima—. Sean de película o de cámara fotográfica, sin negativos no hay imagen. ¿Cierto?

—Muy cierto —ella disimuló un bostezo, quizá significativo—. ¿Se hace la fotografía, señor?

—Sí, me la hago —admitió sonriente. Puso un gesto exagerado, de irresistible galán cinematográfico—. ¿Así estará bien?

—Estará horrible —rió ella, encogiéndose de hombros—. Pero si es su gusto...

Y disparó la fotografía, ni corta ni perezosa. Ambos rieron de buena gana ahora. Jeff le tendió cinco dólares en un billete.

—Quédese el cambio —ofreció—. ¿Una copa, señorita Wade?

—No, gracias... —empezó ella a rechazar. Luego, de repente, le miró, arrugando sus arqueadas cejas—. ¿Quién le dijo mi nombre? ¿Stuart, el barman?

—No. Un vecino suyo, en indiana Avenue.

Lizabeth se puso súbitamente seria. Le miró, mientras tomaba el billete. Algo helado asomó a sus ojos.

—¿Cómo dijo? —Su voz sonó tensa.

—Lo ha oído muy bien, señorita Wade. Lamento haber venido con disimulos. Lo cierto es que la buscaba a usted. Es algo personal.

—Creo que comete un error, señor —ella se portaba ahora con aspereza, casi hostil—. Lo personal no acostumbro a tratar en el club, durante mis horas de trabajo. Ni tampoco en mi casa, cuando descanso, si la persona en cuestión me es totalmente desconocida.

—Yo no le soy ya desconocido. Incluso tiene mi negativo... —Trató de bromear él.

—Bromas aparte, señor, quienquiera que usted sea... Le he dicho la verdad, y muy seriamente, además. No me gusta su modo de hablar. No me gustan sus bromas. Acostumbro a ser muy seria en mi

trabajo... y fuera de él. Esto es un club nocturno, pero no le da derecho a considerar a quien trabaja aquí como una mujer fácil y manejable.

Dio media vuelta, airada, empezando a alejarse de él. Jeff Payton contempló sus bonitas piernas, el inicio de sus bien torneadas nalgas. Y lamentó hacer lo que hizo. Pero tenía que romper aquel duro hielo a pedazos.

—Yvonne Davis ha muerto esta noche —dijo—. Asesinada.

* * *

Se paró en seco. De no haber llevado colgada de su cuello la cámara fotográfica, hubiera ido a parar al suelo. Osciló la figura escultural, igual que si sus bellas piernas vacilaran, para dejarla caer.

No sucedió nada de eso, sin embargo. Lo que hizo ella, fue girar lentamente. Mirarle, con la boca entreabierta, los ojos dilatados, más grises y turbios que nunca. Una palidez repentina, resaltaba bajo la coloración bronceada del aire libre. Las luces del club, en un juego rojo, azul y verde, dieron cambiantes lívidas a su faz crispada.

—¿Qué... qué ha dicho? —Su voz era un hilo roto, trémulo.

—Ya lo ha oído. Lamento decírselo así. Es la verdad, señorita Wade. He estado en el apartamento de su amiga. Vi su cadáver. La acuchillaron con una navaja automática.

—No... no es posible.

—Lo es. Imaginé que se sentiría mal cuando lo supiera. Usted no me facilitó las cosas. Y yo no soy un habitual de estos sitios, créame. Vine en su busca.

—¿Qué es usted? ¿Un policía?

—No. Pero tengo amigos en la policía. Y en el FBI.

—¿El FBI? ¿Qué tiene que ver eso con...? Oh, Dios mío... No puedo creer que Yvonne... ¿Por qué habría de ocurrir?

—Quizá usted tenga una respuesta.

—¿Yo? —Se sobresaltó—. ¿Por qué? ¿Qué sugiere?

—Nada. Sólo lo que le dije. Yvonne sabía algo contra alguien. La mataron para que no hablase. Creo que le robaron negativos y película ya revelada. Aquello estaba todo tan revuelto...

—¿Usted... usted conocía a Yvonne? ¿Era amigo suyo?

—Fui compañero suyo en un periódico. Ella comenzó como usted:

haciendo fotografías. Pero como reportero en la Prensa.

—¿Es... es usted periodista?

—Sí. Ella también lo fue, antes de dedicarse a la publicidad y la filmación. Nos veíamos a veces, pero no demasiado frecuentemente. Sin embargo, hoy se acordó de mí. Me llamó.

—Sí. También... también a mí...

—Es lo que imaginaba. —Jeff la miró vivamente—. Señorita Wade, ¿usted atendió su llamada?

—Sí. Oh, cielos, ¿por qué no la haría más caso? Tenía que venir al trabajo. No la atendí demasiado. Me... me dijo algo, pero...

—¿Qué le dijo?

—Ella... ella me habló de cosas extrañas... también mencionó a un amigo de quien esperaba una llamada...

—Era yo. Había llamado a mi casa. Y yo no estaba entonces allí...

—También dijo que tenía que hacer otra llamada más... y que sabía lo que se hacía.

—Otra llamada... —Jeff se mordió el labio inferior—. Si supiera a quién... Esa persona debió matarla. Señorita Wade, ¿no le digo más? ¿Qué eran esas «cosas extrañas» que mencionó por teléfono?

—Bueno, citó los periódicos, lo que se había publicado últimamente sobre...

—¿Sobre la Casa Blanca?

—Sí —se estremeció Lizabeth Wade—. Eso dijo: el atentado de la Casa Blanca... Sabía algo sobre eso. Estaba alarmada, inquieta. Quería hacer algo, pero no sabía el qué. Yo no pude pensar que fuese tan importante, tan grave... Dios mío, si hubiera dejado mi trabajo, si hubiese ido a verla, en vez de darle largas al asunto...

—Tal vez entonces tendríamos dos cadáveres en vez de uno —sentenció roncamente Jeff Payton—. Y ambos igualmente hermosos y atractivos. Pero no me gustan las mujeres muertas, sino llenas de vida. Como usted está ahora...

—¿Cuál... cuál es su nombre, señor?

—Jeff Payton. Puede llamarme solamente Jeff. Considéreme su amigo. Trataré de ayudarla y que usted me ayude...

—¿No... no desconfía de mí, acaso?

—No —sonrió Payton—. ¿Y usted de mí?

—No sé... —vaciló ella. Le estudió, pensativa—. Creo que no. Primero me resultó poco simpático. Tiene una tal clase de

experiencias en estos lugares... Ahora comprendo que vino en busca de algo más que conversación y de chicas bonitas. ¿Escribirá algo sobre lo sucedido a Yvonne?

—Sin duda. Pero no es por eso por lo que vine a verla. Existe algo más: yo fui amigo de Yvonne. Ella confió en mí, me pidió ayuda... y no pude prestársela. ¿Lo entiende?

—¿Cómo no entenderlo? Es mi mismo caso, Payton.

—No, no es lo mismo —sentenció el joven periodista, sombrío el gesto—. Yvonne, yo... yo sé algo más todavía. Algo relacionado con ese crimen...

—¿Qué es ello, Payton? Me asusta usted todavía más... —Le miró inquieta la joven.

—Hubo otro crimen relacionado con ese caso... Un hombre ha sido asesinado en las propias dependencias federales. Y no sabemos quién lo hizo.

—¿Es posible? ¿Qué está sucediendo en Washington?

—No lo sabemos. Algo terrible. Se planeó matar al presidente y a su familia, provocar un caos nacional y, quizá, mundial. Ahora, la persona o personas que mueven los hilos de esa trama, actúan con rapidez y sin contemplaciones. Un joven llamado Atkins sabía demasiado, porque fue utilizado como ejecutor. Ahora, está muerto. Una muchacha, Yvonne Davis, tuvo la mala fortuna de captar algo con su cámara, estoy seguro. Algo revelador, tras los sucesos de la Casa Blanca. Y también ha sido suprimida sin pérdida de tiempo. Cuando menos, eso nos da una pista: Yvonne conocía personalmente al implicado o implicados en el caso. ¿Puede usted sugerirme algo al respecto?

—Lo siento. No. No sé nada. No puedo servirle de ayuda. Ojalá fuera lo contrario. Pero Yvonne nada mencionó en su llamada. No citó nombres... Parecía tan segura de lo que tenía que hacer...

—No me refería ahora a eso, sino a algo distinto. Si ella tenía alguna relación con esa persona o personas, usted podría tal vez recordar a sus amistades, deducir cuál de ellas podía tener una relación, a su vez, con la Casa Blanca, con la política...

—No —negó con la cabeza, enérgica—. Lo lamento muy de veras. No sé nada..., pero intentaré recordarlo, Payton. Tiene mi palabra.

—La creo. Si llegase a recordar alguna cosa, si cayera en la cuenta de algo importante o, simplemente, esperanzador... no cometa

errores, como ella hizo. No llame a nadie, salvo a mí. Ni a la persona de más confianza que pueda imaginar. Sólo a mí, recuérdelo bien.

—No lo olvidaré, descuide —sonrió ella débilmente, aún impresionada. Bajó la cabeza, sus ojos color humo se perdieron en algún punto indefinido. Y Jeff la oyó musitar entre dientes, con voz apagada—: Pobre Yvonne... Pobre amiga mía...

Jeff Payton no supo qué decir ni qué comentar. Se limitó a permanecer callado, taciturno. Y caminó hacia la barra del club, para tomar un trago. Ni siquiera se le ocurrió invitar a la joven fotógrafo. Estaba seguro de que no aceptaría ni una sola copa. Creía saber cómo era en realidad aquella muchacha, pese a su nocturno trabajo en un sitio como el Stork...

CAPÍTULO V

ALTO NIVEL

El presidente recorrió con su serena mirada a los presentes en la reunión.

Luego, se sentó con lentitud. Hizo un gesto, y los demás le imitaron. Las puertas de la sala oval de la Casa Blanca, se cerraron tras él. Los hombres uniformados de Seguridad Nacional, montaron silenciosa guardia en el interior y exterior de la cámara.

—Bien, caballeros —habló el primer magistrado, tras un suspiro—. Se estarán ustedes preguntando ahora por qué les he reunido aquí... precisamente a todos ustedes.

Hubo un general asentimiento mudo a las palabras del político más alto de la nación. Luego, el coronel Kingsby, del Pentágono, se hizo portavoz de los demás:

—Señor presidente —dijo con tono solemne—. Estamos dispuestos a lo que sea. Cuente con nosotros de modo incondicional. Pero, ciertamente, nos intriga su llamada.

—Admito que es algo irregular —sonrió el hombre de piel negra, elegido presidente de la nación más poderosa del mundo. Apoyó las manos sobre la mesa—. Aquí están reunidos ahora un militar, unos miembros del FBI, el agente de la CIA encargado de investigar oficialmente el caso por su organización, el hombre que más dinero ha puesto en la campaña que me llevó a la presidencia, sin aspirar a cargo político alguno ni a trato de favor para sus negocios e industrias por parte del Gobierno... y, finalmente, dos periodistas de esta ciudad... y un hombre relacionado con la política de nuestro país. Extraña mezcla en torno a una mesa, caballeros. Soy el primero en admitirlo...

Jeff Payton, presente en aquella reunión a tan alto nivel, se había formulado a sí mismo ese interrogante antes de que el presidente entrara en la cámara. No lograba entender cómo el magnate Gordon Waxman estaba allí presente, junto a policías, políticos, militares... y reporteros de mayor o menor categoría. El presidente tenía toda la

razón. Era una reunión informal y poco ortodoxa, dentro de los cánones de la Casa Blanca.

Pero el primer mandatario de la nación, parecía tener sus razones personales para haber convocado allí, confidencialmente, de un modo oficioso, y sin protocolos, a aquellos ocho hombres que, como invitados, se sentaban con él en la sala oval.

McDarrin y Sloane, por el FBI; Ben Besson por la CIA, Gordon Waxman por las finanzas, él y el prestigioso y envenenado Denberg por la Prensa, el coronel Kingsby por el Pentágono y la milicia... y, finalmente, Vernon Saint John, un político importante en el partido del presidente electo, como representante de las fuerzas rectoras del país.

—Supongo que lo que aquí se diga en estos momentos, será materia reservada por completo, y no afectará en absoluto a nuestra profesión —habló Roy Denberg—. Es decir, no podremos publicar informe alguno al respecto...

—Sobre esa cuestión, caballeros, creo que nadie mejor que ustedes, ni con más recto criterio, para tomar la decisión que crean conveniente —replicó suavemente el primer magistrado americano—. No puedo prohibirles nada. Éste es un país libre, y ésta no es una reunión oficial, ya se lo dije. Resuelvan a su criterio. Pero tratemos de ser aquí sinceros en este momento.

Jeff Payton cambió una mirada de extrañeza con Sloane y McDarrin, como preguntándose adónde conducían las enigmáticas palabras del presidente. Desde que fuera convocado para aquella extraña asamblea, se preguntaba lo mismo. No entendía mucho el curso de los acontecimientos. En realidad, casi no entendía nada. Y esperaba, impaciente, las conclusiones a las que tuvieran que llegar en estos momentos, allí encerrados, en presencia del primer personaje del drama iniciado sobre la Casa Blanca aquella noche: el propio presidente de Estados Unidos.

El agente Besson, de la Central de Inteligencia, terció en la conversación:

—Caballeros, el presidente les ha convocado aquí para discutir ciertos asuntos que nuestra Organización ha puesto en sus manos, relativos a las posibles causas del atentado sufrido recientemente, así como a los crímenes que después han seguido al mismo, en directa relación con el fallido magnicidio.

—Le felicito, Besson —refunfuñó McDarrin, del FBI—. Nosotros no hemos tenido tanta suerte; no podemos ofrecer resultados concretos sobre nuestras pesquisas.

—No se lamenten por ello —suspiró el presidente—. Lo cierto es que la CIA ha tenido suerte en investigar ciertos aspectos del caso, y ha llegado a conclusiones muy interesantes, que pueden afectar a la investigación del mismo. Hable, Besson, por favor.

—Señores: es casi seguro que Yvonne Davis, como muy bien sugirió el señor Payton, aquí presente, en un reportaje publicado ayer en su periódico, tuvo la oportunidad enteramente casual de fotografiar a alguien relacionado con el caso del atentado a la Casa Blanca. ¿Y saben por qué? Porque la señorita Davis, trabajando en un *spot* publicitario, hizo ciertas filmaciones en el aeroclub de donde fue sustraído el helicóptero amarillo y azul en el que Elmer Atkins intentó asesinar al presidente.

—Vaya, eso tiene cierto sentido... —aceptó Denberg—. ¿Se sabe lo que ella filmó?

—No. Pero tenemos un hecho significativo —prosiguió Besson, de la CIA—. Ivonne Davis obtuvo permiso para filmar en ese aeroclub... entre otras cosas, porque ocupa allí el cargo de jefe de servicio en los hangares un hombre llamado Peter Murray.

—¿Y eso qué significa? —indagó Sloane, ceñudo.

—Muy sencillo: Peter Murray era el amante de la señorita Davis. Está probado ya —declaró con aire triunfal Ben Besson.

El hombre de la CIA acababa de soltar una auténtica bomba. Payton pestañeó, sorprendido. McDarrin y Sloane, del FBI, cambiaron una mirada de aturdimiento. El coronel Kingsby les estudió con cierto aire de reproche.

—Eso no es todo, caballeros —siguió ahora el presidente con el hilo del tema iniciado tan espectacularmente por Besson—. Peter Murray posee antecedentes en la CIA, como activista antiamericano, y tras la muerte de Yvonne, ha desaparecido del aeroclub donde prestaba sus servicios, y aparentemente del país, junto con una avioneta privada, que sin duda hurtó él mismo, a juicio de la CIA, emprendiendo la fuga a cualquier país del Caribe, bajo falsa personalidad. Tengan en cuenta que Peter Murray es hombre de tez muy morena, cabellos negros y aspecto latino. Fácil de confundirse, por tanto, con los nativos centroamericanos...

Payton iba de sorpresa en sorpresa. No sabía nada sobre las relaciones de Yvonne Davis, pero recordaba haberla visto alguna vez con un hombre de tales características. Tan moreno y tan de negros cabellos, que siempre pensó que fuese un sudamericano.

—Creo que la CIA se apuntó un buen tanto —ponderó Payton secamente—. Mis felicitaciones, señor Besson. Lo poco que sé sobre eso, parece coincidir con tales datos.

—Muy amable, señor Payton —sonrió cortésmente el hombre de la inteligencia americana—. Nuestros agentes en el Caribe tratan de localizar ahora a Peter Murray. Pero no podemos saber si tendrán éxito a corto plazo. Lo evidente es que ese hombre juega un importante papel en el asunto. De otro modo, no hubiera huido. Ni Yvonne hubiese hecho esas filmaciones en el aeroclub.

—Filmaciones que, por cierto, no figuran entre el material cinematográfico encontrado en casa de ella —comentó secamente McDarrin—. Es otro dato que abona su teoría, Besson.

—En ese caso, caballeros, hemos llegado a una conclusión previa —suspiró el presidente, actuando casi como un moderador de los temas puestos a discusión sobre la masa—. Y es la de que Yvonne Davis fue asesinada por tener en su poder pruebas contra alguien que hacía en esos momentos algo delictivo en el aeroclub... o que estaba allí sin motivo para ello. Murray, al desaparecer su amiga, juzgó oportuno eclipsarse, con destino al extranjero. Lo cual prueba que estaba en contacto, cuando menos, con la organización criminal encargada de atentar contra la Casa Blanca...

—En cuyo caso, lo que urge descubrir es a qué organización política pertenecía realmente Peter Murray, como cómplice, miembro activo o lo que fuese —señaló el coronel Kingsby.

—Exacto —asintió Besson—. Es en lo que estamos trabajando, en tanto se halla la pista de Murray en el Caribe. Y esas investigaciones nos conducen solamente a un punto.

—¿A cuál, señor Besson? —se interesó Vernon Saint John, el político.

—A una entidad internacional de extrema derecha. Un movimiento «ultra» sumamente peligroso, relacionado con importantes trusts financieros del país y de fuera de él —acusó Besson, rotundo—. Una especie de neo-nazismo, llamado Grupo XXI. Operan desde el extranjero, pero tienen aquí grandes sumas siempre disponibles,

para actuar a su conveniencia. Estamos investigando a numerosas personas e instituciones nacionales y, por desgracia, una empresa representada hoy aquí por su cabeza más visible, está probado que tiene relación muy directa con esos guerrilleros ultras... a los que provee de dinero, de medios y de toda clase de recursos para su mayor actividad en territorio norteamericano.

—¿Qué quiere decir, Besson? —Sonó áspera la voz del magnate de las finanzas y la industria, Gordon Waxman—. Aquí, que yo sepa, solamente hay un hombre de negocios: y ése soy yo.

—Exactamente, señor Waxman —habló el agente de la CIA con voz grave—. Y a usted me refiero. Lamento acusarle de esto, pero... su firma Waxman International Incorporated, conocida por las siglas

W. I. I.,

es una de las principales proveedoras de fondos para el Grupo XXI. Y, por supuesto, usted el más directo sospechoso de esa actividad, pese a su reconocida amistad con el señor presidente...

* * *

—Creí que arrestarían a ese hombre, después de tan grave acusación.

—¿A Waxman? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Por Dios, Payton, usted oyó lo que se dijo allí, tan bien como yo mismo —se escandalizó el coronel Kingsby—. Besson no se anduvo por las ramas al señalar...

—Yo opino lo contrario —objetó Jeff, meditativo—. Besson acusó al grupo industrial y financiero

W. I. I.,

de Waxman. Una entidad con sucursales en medio mundo. Incluso se sugirió que podía haber influido en determinadas crisis mundiales en diversos puntos del globo. La CIA no quiere responsabilidades, y se sacude las pulgas de encima, acusando a su vez a otros. Pero de eso a señalar a Waxman como culpable... media su diferencia.

—Le dijo que era el principal sospechoso.

—Por supuesto. ¿Y qué dijo Waxman acto seguido? Que él rara vez se ocupaba de todos sus negocios y entidades comerciales o industriales. Para eso tiene a gente de confianza. Y parece ser que

Bernard Harding, vicepresidente y director general de las factorías W. I. I.

en el continente americano, tiene plena libertad para manejar a su antojo esa entidad y sus fondos, con la simple supervisión de Waxman que, a su vez, tuvo siempre entera confianza en su subordinado.

—Eso es lo que ha dicho él, simplemente —protestó el coronel.

—Muy bien —sonrió Jeff—. Pero es válido como coartada. Recuerden que, igual que sucedió con Peter Murray, el misterioso amante de Yvonne Davis, Bernard Harding ha desaparecido y no hay rastro de su actual paradero.

—Harding podría ser solamente un hombre de paja, al servicio de Waxman. Y él, estar conspirando contra el Gobierno desde el lado mismo del presidente, a quien finge admirar y ayudar en todo —sugirió, malhumorado, el inspector McDarrin.

—Claro que podría ser así —convino secamente Payton—. Pero eso es más difícil de probar. Mientras Waxman tenga presuntos hombres de paja que se sacrifiquen por él, será muy problemático poderle acusar abiertamente de nada.

—Quizá lo sea. Pero yo sigo sospechando de él.

Jeff Payton no dijo nada, ante la insistencia del coronel del Pentágono. A fin de cuentas la reunión de alto nivel había aclarado muchas cosas... y enturbiado otras hasta límites inconcebibles.

—El Grupo XXI —recitó Vernon Saint John, dando paseos por el fondo de la sala donde ahora se hallaban reunidos los periodistas, los agentes federales, el coronel Kingsby y el político, ante los servicios de almuerzo y los cafés, gentileza para sus invitados de la propia Casa Blanca—. Había oído hablar de ese grupo, pero nunca imaginé que estuviera mezclado en esto...

—Detrás de todo el asunto hay un motivo político, social, económico o de prejuicios raciales —bostezó Jeff—. Eso es obvio. Uno de esos cuatro móviles ha sido el que puso en funcionamiento el mecanismo. Un mecanismo simple pero eficaz. Y terriblemente despiadado. No importa quien caiga, con tal de que el secreto se conserve, y los culpables sigan en la sombra. Por eso me sorprende que todo sea tan sencillo como para acusar a Harding o a Waxman mismo.

—¿Quién podría ser, si no? —refunfuñó Denberg, malhumorado,

contemplando a su colega con insidiosa sonrisa—. ¿Yo, por ejemplo?

—No me sorprendería mucho. Es lo bastante reaccionario y violento como para llegar al crimen, Denberg. Si la lengua o la pluma fuese un instrumento de muerte, sus víctimas se contarían por millares. Lo que ignoro es si podría ser fiel ni tan siquiera a un grupo político nazi.

—Cuando menos, mi falta de lealtad a todo y a todos, me concede cierta útil coartada —dijo con sarcasmo el periodista.

—Por el momento, sí —suspiró Jeff—. Pero no esté demasiado seguro. Podría ser sólo eso, una coartada. Y desmoronarse cualquier día, revelando su esqueleto real.

—Oh, por Dios, dejen ustedes dos de cruzar sus espadas constantemente —se irritó McDarrin—. Quiero resultados, no tonterías de niños. La CIA nos ha batido en todos los terrenos, y eso es lo que me enfurece. ¡Esos engreídos de la Central de Inteligencia...!

—Yo no diría tanto, inspector —objetó de pronto Jeff Payton, sin moverse del asiento donde saboreaba su café y fumaba calmosamente un cigarrillo.

—¿Eh? —McDarrin giró la cabeza, clavando en él sus ojos—. ¿Por qué dice eso? Ha sido el primero en admitir que los informes de la oficina de inteligencia eran muy concretos y bien comprobados...

—Eso no significa que acepte la victoria total de la CIA en este caso. Han localizado, quizá, un origen de los hechos, una acción política de subversión y violencia en territorio americano. Muy bien. Aceptemos eso. También podemos aceptar que, a través de la W. I. I.,

como de otras grandes entidades financieras mundiales, obtiene el Grupo XXI sus fondos y recursos. E incluso que Murray y Harding puedan tener algo o mucho que ver con la organización. Pero...

—Pero... ¿qué? Si aceptamos todo eso como bueno, ¿qué más nos queda? —se lamentó el inspector Sloane.

—Siempre queda algo, señores. Por ejemplo... la persona que mató a Yvonne Davis. Dudo mucho que fuese Peter Murray. Y tampoco creo que el ejecutor fuese Bernard Harding.

—¿Quién, entonces? —se asombró Vernon Saint John.

—Cuando tengan esa respuesta, señores, quizá el caso esté completo

—suspiró Jeff Payton, encogiéndose de hombros con aparente indiferencia por la cuestión.

Pero lo cierto es que sus ojos brillaban, excitados. Aunque nadie advirtió ese detalle.

* * *

—Debe ser usted un hombre muy importante para tener acceso hasta el propio presidente, Payton.

—No lo crea, Lizabeth. Sólo estoy metido en esto por simple casualidad. El presidente quería vernos reunidos a cuantos tenemos alguna relación con el asunto. Su asesor político, Vernon Saint John, me confesó luego que está preocupado aunque lo disimula. Cree que, pese a cuanto despliegue la CIA contra el famoso Grupo XXI y sus medios de aprovisionamiento de recursos económicos, el peligro subsiste. Y está aquí mismo: en casa. Entre nosotros mismos, Lizabeth.

Lizabeth Wade movió la cabeza con abatimiento.

—No entiendo nada de política —dijo—. Pero tengo miedo. El presidente es un gran tipo. Voté por él. Y no porque no tenga prejuicios, sino porque vi en él a un hombre joven, eficaz, inteligente y decidido. No quisiera verle muerto, Payton.

—Tampoco yo, Lizabeth. En realidad, no desearía ver muerto a nadie más, después de lo de Atkins y de Yvonne. Pero no puedo estar seguro de que ello sea así.

—¿Teme que haya más víctimas?

—Sí, lo temo —acabó por confesar él.

—¿Por qué?

—No sé... Es un presentimiento. Algo me dice que no todo terminó con la muerte brutal de nuestra común amiga. Yvonne no podía ser tan tonta. Confiaba en alguien, es obvio. Pero de eso a cerrar estúpidamente los ojos a todo riesgo...

—¿Qué quiere decir con eso? —se sorprendió la joven fotógrafo, que a la luz del día, en aquel coquetón, pulcro y pequeño apartamento de Indiana Avenue, parecía algo más rubia, más pálida y, también más llena de atractivos que allá, en su club nocturno, fotografiando a los clientes por encargo.

—Pensaba en esos negativos, en esas copias positivadas... ¿Se llevó

todo el asesino? ¿O había más copias de esa película? ¿Existían fotogramas que Yvonne ocultó de algún modo?

—Ojalá fuera así, pero... no tiene mucho sentido confiar en ello, Payton. Recuerde que ella llamó desde su casa, que se quedó allí esperando... y que alguien la visitó, eliminándola. No tuvo tiempo de más. De haber ocultado algo, la policía lo hubiera hallado en sus registros, ¿no cree?

—Oh, eso es evidente. El FBI no ha dejado un solo rincón por examinar, ni un trozo de película por revisar en los laboratorios, minuciosamente. Allí no había nada.

—¿Dónde, entonces? —dudó la joven—. No sé de ningún otro sitio...

Jeff Payton no dijo nada. Estaba reflexionando todavía. Algo parecía bullir en su cabeza. Miró a Lizabeth Wade, pensativo.

—¿En qué está pensando ahora? —quiso saber ella.

—En las horas.

—¿Las horas?

—Sí. Las de cierta noche. Trate de recordar... ¿A qué hora la llamó Yvonne?

—Deje que recuerde... Iba a salir yo hacia el club... Sí, serían las nueve menos veinte, o cosa así.

—Exacto. Poco después de las ocho y media, Hattie recogió su recado. Según el forense, la muerte tuvo lugar entre las once y las doce. A la una supe yo lo de su llamada... ¿Se da cuenta, Lizabeth?

—¿De qué?

—Ella tuvo... más de dos horas a su disposición. Debemos suponer que, si hizo alguna otra llamada esa noche, fue después de llamarnos a nosotros. Antes de las nueve, supongo. Claro que pudo estar ausente su destinatario, y tener que repetir más tarde. De cualquier modo, tuvo tiempo.

—Tiempo... ¿para qué?

—Para sacar otra copia de esa filmación. Si algo sucedía, era obvio que la despojarían de todo el material filmado. Pero si ella guardaba alguna copia más... sería como un triunfo en la manga. Lo peor es que no pudo disfrutar de él. Su asesino, apenas estuvo seguro de que podía llevarse negativos y copias, mató a Yvonne y escapó con el material cinematográfico.

—Y volvemos a lo mismo: en la casa no había más película revelada

o por revelar, sobre esa filmación.

—Muy cierto. Sin embargo, quizá no hemos hecho las cosas adecuadamente. Lizabeth, ¿usted estuvo alguna vez en el apartamento de su amiga?

—Dos o tres veces. No iba con mucha frecuencia... ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría que fuésemos los dos allá, a examinar ciertos detalles en común.

—¿Para qué puede necesitarme a mí? Usted parece lo bastante perspicaz para moverse por sí solo, Payton —sonrió la muchacha, encogiéndose de hombros—. No me gustaría pisar aquel lugar ahora, la verdad...

—Si no quiere ir, Lizabeth, no vaya. No puedo insistirle sobre eso. Pero estoy seguro de que me hubiera sido muy útil, aunque usted no lo crea.

—Está bien, Payton. Usted gana. Iré al apartamento de Yvonne, y que Dios me ayude. Pero no vuelva a llamarme Lizabeth, ¿se lo ruego!

—¿No es ése su nombre? —Parpadeó Jeff, risueño.

—Lo es, pero me gusta que mis amigos me llamen como Yvonne lo hacía: solamente Lizz...

—Conforme, Lizz —le sonrió él, cordial—. ¿Vamos ya? Cuanto antes lo hagamos, tanto mejor.

—Adelante, sabueso —sonrió ella ampliamente—. Confío en usted, si nos sorprende el asesino...

—Yo temo más a los federales, si nos encuentran allí —rió Payton—. Están tan furiosos tras su fracaso con la CIA ante el propio presidente, que son capaces de encarcelarme a mí también por obstrucción a la justicia...

Menos de media hora más tarde, una llave maestra de Jeff Payton le franqueaba el paso, junto con Lizabeth Wade, al interior del apartamento del crimen.

En la calle, unos ojos, desde el interior de un automóvil, siguieron su entrada en el edificio... Unas manos enguantadas, se crisparon, tensas, en el volante.

CAPÍTULO VI

EL ASESINO ACECHA

—Bueno... Parece que todo ha terminado, ¿no?

El comentario de Lizabeth era amargo y decepcionado. Jeff Payton la contempló, pensativo. Tenía sus manos en los bolsillos. Ella no parecía saber que el joven reportero tocaba con los dedos de su mano diestra la fría culata de una pistola automática, calibre 32. No quería encontrarse en inferioridad de condiciones, si las cosas se complicaban en algún momento. Estaba jugando con fuego, y lo sabía.

—Sí —convino—. Aparentemente, así es.

—¿Aparentemente? —se asombró ella—. Hemos revisado todo. No queda rincón alguno por examinar. Y no hay ni un solo fotograma de celuloide. ¿Qué espera hallar aquí ahora?

—Nada —sonrió Jeff—. No espero encontrar nada. Ni antes tampoco.

—Cielos... —Ella abrió su carnosa boca, asombrada—. No me diga que nos hemos dado esta paliza para nada...

—Lizz, estaba convencido de que el asesino registró muy bien la casa completa. Y también el FBI. Tras pasar esas dos plagas por aquí, era ridículo imaginarse la presencia de algún escondrijo, por ingenioso que fuese, para esconder una sencilla película de celuloide, e incluso unas copias en papel, pongamos por caso. Todos hemos pensado en ello de igual modo. Y todos, por tanto, estábamos condenados de antemano al fracaso.

—Sigo sin entenderle bien, Jeff.

—Es sencillo: a Yvonne, en esas dos horas aproximadas que tuvo para pensar y actuar, no pudo ocurrírsele una medida tan torpe como para que cualquier persona medianamente astuta, y además desesperada, la localizara enseguida. No. Tuvo que idear algo más. Algo mejor, simple pero eficaz. He pensado en ello durante todo el tiempo. Por eso quería revisar esto de punta a punta. Para estar convencido de que mi idea era la buena.

—¿Qué idea, Jeff?

—La de esconder una copia positivada de la película. En el sitio menos imaginado por nadie. O más difícil de localizar, llegado el caso.

—¿Acaso... fuera del apartamento? ¿En el patio, en la escalera de incendios, en...?

—No, no miré ahí, Lizz. Perdería el tiempo, imagino.

—Bien, sabueso. ¿Dónde buscamos, entonces, para demostrar lo listos que somos?

—Donde debimos buscar desde un principio. Venga conmigo, Lizz. Salieron del piso, ante la sorpresa y desorientación de su joven compañera. Descendieron a la planta baja. El edificio, sin conserje nocturno, tenía puerta automática, con llamador exterior. Y una serie de buzones numerados para el correo, en un muro del alfombrado vestíbulo.

Jeff condujo hasta allí a Lizabeth Wade. Le señaló un buzón en la parte alta. Sonrió, apoyando su dedo sobre el rótulo atornillado:

«CORRESPONDENCIA DEVUELTA».

Rozó con sus dedos la abertura del buzón así rotulado. Palpó varios sobres de diversa longitud y volumen. Lizabeth creyó entenderle. Adelantó su mano, para alcanzar el alto buzón solitario.

—¡Ya veo! —exclamó, con ojos repentinamente brillantes de excitación—. ¡El buzón de cartas devueltas por error o por ausencia del destinatario! Ella... ella puso ahí dentro quizá un sobre viejo, a su nombre, matase liado ya. Lo engomó, le anotó algún pretexto para devolución... y lo dejó ahí.

—Es una posibilidad —aceptó Payton—. Pero no busque ahí, Lizz. Se llevaría una decepción. No está ya.

—¿Que no está? —se sorprendió ella—. ¿Por qué dice eso? ¿Acaso el asesino lo imaginó y...?

—No, no lo creo. Es algo diferente. Puede que ella depositara ahí ese sobre, pero con sellos nuevos, con la dirección del destinatario... y unas instrucciones para el cartero, unidas a dicho sobre...

—No le entiendo. ¿De qué está hablando?

—Imagine que las instrucciones eran para que el cartero certificase esa carta en nombre de ella... con destino a la persona señalada en

el sobre. El cartero, al retirar las cartas equivocadas, cumplió sus instrucciones. Certificó la carta. Y ahora, alguien tiene en su buzón el aviso de certificado, para retirar de la oficina postal ese envío...

—Oh, eso sí tiene sentido —murmuró ella, más animosa—. Jeff... ¿cómo se le ha ocurrido semejante idea?

—Es sólo una teoría, una posibilidad. Yvonne era capaz de algo así. Es algo en lo que su posible agresor nunca pensaría... o lo pensaría demasiado tarde. Y eso salvaría momentáneamente la preciada copia de una prueba que significa la ruina para alguien.

—Pero, Jeff, ¿qué destinatario será ése? ¿A quién pudo dirigir ella... la película positivada como reserva, en caso de emergencia? —se desanimó de repente Lizabeth, comprendiendo lo problemático e incierto de tal dato.

—Eso puede resolverse a través del cartero, pero dudo mucho que él quiera sincerarse, a menos que el FBI le interrogue. Ella le pediría reserva absoluta y le dejaría algún billete de valor prendido a la carta... Pero conociendo a Yvonne, caben algunas posibilidades.

—¿Por ejemplo?

—Usted... o yo.

—¡Jeff! —Abrió mucho sus ojos—. No estará pensando que, precisamente uno de nosotros, vaya a ser el destinatario que ella imaginó...

—Es lo lógico. Teniendo en cuenta los días que hace que ello sucedió... vamos a ver nuestros respectivos buzones, Lizz. Tal vez el suyo, o acaso el mío, nos de la respuesta...

* * *

Los dedos de Jeff Payton recorrieron el hueco del pequeño buzón. Luego, lo cerró con desaliento. Se volvió, algo abatido, hacia Lizabeth Wade.

—Nada... —murmuró—. Tampoco en mi buzón, Lizz.

Era el segundo que revisaban. Ambos con igual resultado negativo. Ni ella ni él habían sido destinatarios de envío certificado alguno. Los buzones eran bastante sólidos y seguros. No mostraban señales de violencia tampoco. Nadie los había tocado. Sencillamente, el soñado aviso para recogida de certificado... no existía. No en sus buzones, cuando menos.

—Otro fracaso... —se lamentó ella tristemente, con una decepción tan profunda, que parecía como si su propia vida estuviera en juego en aquella prueba.

—Lo siento, Lizz —murmuró Jeff—. Tal vez no debí ser demasiado optimista al respecto. Quizá no conocí nunca bien del todo a Yvonne, y ella era más confiada y más torpe de lo que suponía...

—Resumiendo: no existe esa prueba. En ninguna parte, ¿no es eso?

—Por lo menos, eso es lo que parece, nos guste la idea o no. Todo hubiera sido muy diferente, de haberse presentado las cosas de otro modo. Lizz, lamento haberla molestado tanto hoy, con resultados tan negativos...

—No diga eso, Jeff. Usted tenía una idea inteligente. Llegué a pensar que era cierto, que hallaríamos ese papel, y luego esa carta certificada, con su prueba a nuestro alcance, como un regalo de Papá Noel... Era esperar demasiado. No pudo ser, y de veras lo siento, tanto por usted como por mí... y muy especialmente por Yvonne. Ella se merece que su asesino pague el mal que hizo.

—Estamos totalmente de acuerdo, Lizz —farfulló Payton, de mal humor—. Por suerte, no expuse mis brillantes ideas más que a usted. De haberlo dicho a McDarrin o a Sloane, el ridículo hubiera sido mayúsculo...

—No, ridículo no. Está luchando con todas sus fuerzas. Mucho más de lo que se puede pedir a nadie. Y ni siquiera es policía. Sin embargo, sigo pensando que su idea era buena. Al principio, ya cuando me señaló aquel buzón para el correo del cartero, creí estar cerca de la solución definitiva...

—Eh, un momento —la interrumpió vivamente Jeff Payton—. ¿Qué es lo que ha dicho, Lizz?

—¿Yo? —ella la contempló, sorprendida—. Hablaba de su idea, de lo buena que me pareció...

—No, no es eso —rechazó vivamente Jeff—. Es lo demás. Lo que sigue... Ha dicho... ha dicho que al principio, cuando le mostré el buzón del cartero, en casa de Yvonne... creyó estar cerca de la solución...

—Y así es. Luego, cuando me sugirió la idea concreta, aún me pareció más viable.

—No, no. No es así. Usted tuvo razón. Estuvo más cerca que yo de esa solución, Lizz. Usted sí intuyó la proximidad de esa respuesta.

¡Pronto, vamos ya! Antes de que sea demasiado tarde, y alguien se nos anticipe...

—Pero... pero ¿adónde, Jeff? —preguntó ella, desorientada, siguiéndole a viva fuerza, cuando él tiró de su mano enérgicamente, camino de la calle—. ¿Otra vez de sitio en sitio?

—No. Esta vez, al único lugar posible... ¡La propia casa de Yvonne otra vez!

* * *

La casa de Yvonne.

Era allí. Volvían al lugar de origen. Jeff se maldecía, mientras entraban en el amplio vestíbulo, pegándose un palmetazo en la frente.

—Estúpido de mí... —murmuró—. Debí hacerle caso, Lizz... Usted tenía parte de razón... La idea de Yvonne fue aún más ingeniosa de lo que supusimos...

—Quizá lo fuese, pero... pero no logro ver cómo... ni en qué forma —se quejó Lizabeth, que parecía ir de sorpresa en sorpresa, sin tiempo material para recuperar el aliento.

—Es obvio, amiga mía... Usted señaló ese buzón, el del cartero, sin pensar en el único donde, realmente, debe estar ese documento... ¡Aquí!

Y Jeff Payton señaló el único buzón posible: justamente el que ostentaba el nombre mismo de Yvonne Davis, Filmaciones de Publicidad.

Introdujo la mano en el buzón, tras forcejear un poco con la cerradura. Rozó un papel ligero, que por la angosta abertura se apreciaba de color azul pálido. Utilizó una pequeña ganzúa para abrir el recipiente. El boleto con el sello de la oficina postal, aparecía allí.

Era un certificado dirigido a nombre de Yvonne Davis. Con fecha del día anterior. Jeff lo examinó, pensativo. Su aire de triunfo parecía levemente empañado por alguna oscura razón que la joven fotógrafo no atinaba a ver.

—¿Ocurre algo ahora? —quiso saber—. Ése es el papel que esperaba encontrar, ¿no es cierto?

—Sí, eso es, pero... pero juraría que algo marcha mal...

—Jeff, terminará por volverme loca. Ahora que hemos encontrado lo que tanto buscábamos, usted... usted se muestra de nuevo reticente... ¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede?

—Este papel, Lizz... Este papel, aunque lleva fecha de ayer... acaba de ser depositado en este buzón. ¡En suma, es falso! ¡Vamos, hay que llegar a la oficina postal más próxima, antes de que sea demasiado tarde...!

Y de nuevo tiró de ella, ante el estupor creciente de la aturdida joven.

* * *

—¿Cómo pudo saber que ese papel... es reciente? Además, no corresponde a la oficina postal de este distrito, sino a la central de Washington...

—Ya me he dado cuenta de ello. Alguien buscaba lo mismo que nosotros, y se nos anticipó en el juego, apoderándose del verdadero aviso de certificado. Lo puso ahí, en lugar del original, para distraer nuestra atención... o la de cualquier otro. Y entretanto, ese alguien va a la oficina postal próxima a este bloque, para retirar el certificado.

—Sigo sin ver cómo lo descubrió...

—Había un impreso con matasellos de anteayer. Tuvo que llegar ayer también, porque había sido depositado en la propia ciudad de Washington. Tenía una capa de polvo verdoso producida por la limpieza de los buzones durante esta mañana. En cambio, ese papel azul estaba nítido, impecable, sin la menor señal de polvillo verde sobre sí. En realidad está recién puesto donde lo encontramos. No hemos sido los únicos en deducir los pasos y acciones de Yvonne Davis.

—¿Ha sido... el asesino esa otra persona que se nos anticipó? —Se estremeció, inquieta la joven.

—No lo sé —confesó Payton, nervioso, haciendo virar el coche en la inmediata esquina, y frenando con un seco chirrido frente por frente al edificio de la oficina postal de aquel distrito—. Vamos adentro. Sea quien fuere, aún está ahí dentro... y es mucho lo que está en juego en estos momentos...

Saltaron del coche. Corrieron hacia el edificio de correos. No sabían

que iban directamente hacia la muerte.

La muerte, que inmediatamente después, se hizo presente con todo su siniestro significado.

* * *

La muerte estaba en la oficina postal.

Había estado agazapada hasta entonces. Actuó justo cuando era preciso. Y lo hizo implacablemente...

Jeff Payton escuchó el agudo grito de dolor, mezclándose con el crepitar del arma automática, que ensordecía el recinto. Comprendió que lo peor estaba sucediendo a poca distancia de él y de la muchacha fotógrafo.

—¡A tierra, Lizz! —gritó roncamente, derribando de un empujón violento a la joven, sin la más mínima contemplación.

Luego, él mismo se arrojó de bruces, pistola en mano, para enfrentarse al peligro que existía en la oficina postal washingtoniana.

Los disparos continuaban. Esquirlas de piedra y yeso saltaban de los muros. Otras personas, empleados del local, gritaban, asustadas, detrás de las ventanillas...

Un hombre envuelto en un largo abrigo hasta los pies, rostro velado por un sombrero y una media de nylon que deformaba sorprendentemente su faz, disparaba con una pistola ametralladora, desde el fondo de la oficina de correos.

Jeff disparó desde el suelo, ñero su posición era forzada, y el arma de su enemigo más demoledora. Una ráfaga de balas astilló la esquina que le protegía del adversario. Las balas rebotaron sordamente, no lejos de su rostro.

Protegiendo con su propio cuerpo el de Lizabeth, el joven reportero se cubrió lo mejor posible. Los disparos se alejaron definitivamente hacia la parte posterior del edificio postal.

—¿Qué es lo que sucede, Jeff? —preguntó ella roncamente, pegado su rostro al de él, su cuerpo al del reportero, que sentía contra su pecho la presión agradable de unos firmes senos de mujer.

—No lo sé aún. Pero me temo que lo peor que podía ocurrir. No sólo alguien se nos anticipó en la búsqueda del certificado... sino que también el asesino acechaba su oportunidad y la aprovechó en

el momento adecuado.

—¿Quiere decir que... que había alguien más que el asesino haciéndonos la competencia? —se extrañó la joven.

—Sí. La persona que encontró el certificado. Y, me temo... la persona que acaba de ser cosida a balazos...

En la calle, en alguna parte, roncó el motor de un automóvil. Jeff, rápidamente, tomó una decisión. Se incorporó de un salto y, pistola en mano, corrió hacia la puerta delantera del edificio, gritando a Lizabeth Wade roncamente:

—¡No se mueva por nada del mundo! ¡Vuelvo enseguida!

—¡Jeff, no corra riesgos! —le avisó ella—. ¡No, por Dios, no sea loco...!

Pero ya Jeff Payton estaba en la calle, en la amplia acera de la fachada principal de la oficina de correos. El motor roncaba en el lado opuesto, en la calle posterior del edificio.

Corrió, dando vuelta al edificio. Antes de llegar a la esquina, surgió un automóvil, rugiendo poderosamente. Desde detrás del volante, una mano hizo funcionar el arma automática, y llameó el cañón que sobresalía por la ventanilla.

Jeff, tras hacer un solo disparo, se arrojó de bruces al asfalto, para evitar ser herido por el adversario. Las balas silbaron por encima de él, sin tocarle. Cuando se incorporó, y quiso disparar contra el automóvil, éste había doblado la esquina inmediata, y resultaba virtualmente inútil intentar perseguirlo.

Era un coche deportivo de color oscuro, lanzado a toda velocidad de que era posible su motor. Y lo conducía un asesino implacable, que no se detendría ante obstáculo alguno.

Cansado, con la sensación agobiante del fracaso pesando sobre sus hombros, Jeff Payton regresó a la oficina postal. Lizabeth le había obedecido. Al verla llegar, empezó a incorporarse.

La violencia de la situación, había provocado un largo desgarro en su falda, que permitía descubrir la firmeza elástica de uno de sus bien formados muslos. Pero Jeff no estaba ahora para admirar encantos femeninos.

—¿Escapó? —Fue la pregunta de ella.

—Sí, maldito sea él. Escapó.

—¿Pudo ver quién era, Jeff?

—No. Iba muy bien enmascarado y cubierto. Ni su padre le hubiera

reconocido, estoy seguro. Además, el tipo dispara como un loco... Caminó hacia las ventanillas de servicio. Los empleados se apiñaban en ellas, contemplando el cuerpo inmóvil, ensangrentado, de alguien que yacía al pie de la ventanilla rotulada: «Certificados». No necesitó examinar demasiado el cuerpo para comprobar que ya era cadáver. Lo reconoció inmediatamente.

—Es un hombre importante. Un investigador muy hábil —dijo a Lizabeth Wade, con tono hosco—. Ben Besson, de la Central de Inteligencia...

* * *

—¡Ben Besson esta vez! Por todos los diablos Payton, ¿qué significa esto?

—Algo que no pude evitar —suspiró Jeff, mirando con cansancio al inspector Sloane, del FBI—. Besson era un maldito cabezota. Siempre quería llegar primero a todas partes. Esta vez también lo logró. Pero se estrelló contra el muro, cuando estuvo ante él. Era un loco... o un estúpido, pese a toda su experiencia en investigaciones.

—La Cia va a poner el grito en el cielo. Y también el presidente —se quejó McDarrin, sombrío—. Dirán que él murió porque estaba más cerca que nadie de la verdad... Y, en el fondo, tendrán toda la razón, Payton.

—También yo estuve cerca. Quizá pude haber sido yo la víctima. El asesino acechaba, de eso no hay la menor duda, amigos míos. No sé si a mí o a él. De cualquier modo que sea, nos conoce bien a ambos.

—¿Cree que tuvo su misma idea, Jeff? —indagó Sloane.

—Estoy seguro. Sabía que Yvonne tenía alguna baza escondida. No se fiaba, y montó guardia en el lugar adecuado, a la espera de acontecimientos. Eso nos prueba lo que ya sabíamos: la persona que mueve los hilos de esta trama o que actúa como ejecutor directo de las decisiones de un organismo superior, como puede ser el famoso Grupo XXI o cualquier otra organización «ultra» del país, es sumamente lista. Y se mueve sobre un tablero que conoce bien, con cierta ventaja sobre las demás piezas.

—¿Qué sucedió, exactamente? —quiso saber McDarrin.

—Que esa chica y yo buscamos una copia del negativo cinematográfico de Yvonne Davis. También Besson. Y el criminal.

Besson nos ganó por unos minutos. Halló el resguardo de certificado. Fue a recogerlo, como miembro de la CIA, dejando una copia falsa, para desorientarme a mí y ganar tiempo él. Era un juego estúpido que había de llevarle a la muerte.

—Siempre sostuve que los de la CIA son todos estúpidos, por listos que se crean —refunfuñó McDarrin, probando su tradicional aversión al otro organismo de seguridad.

—Besson no era ningún estúpido, inspector. En el fondo, sólo luchaba por ese amor propio de ser el primero en llegar. Su error fue no colaborar conmigo, no unir nuestras fuerzas contra el enemigo común. Apenas llegó a la ventanilla, entregó el resguardo y mostró su credencial, para poder recibir el envío a nombre de Yvonne, el asesino entró en la oficina, disparó sobre Besson, abatiéndole, le arrancó de las manos el sobre, y escapó con él.

—En suma: la segunda copia de los negativos, de Yvonne, no ha servido absolutamente para nada..., salvo para engrosar la lista sangrienta en un nombre más —se quejó amargamente Sloane.

—Esto parece un festival de sangre —refunfuñó McDarrin—. Y todo para ocultar un atentado fallido...

—Que puede repetirse en cualquier momento —avisó Jeff Payton secamente—. Piense, inspector, que la muerte de personas como Atkins, Yvonne o Besson, son simplemente accidentales. Todo el que llega a alguna conclusión o se torna peligroso para la seguridad del que mueve los hilos de esta trama, es eliminado inmediatamente.

—Pues téngalo en cuenta en lo sucesivo, Payton —comentó Sloane—. Piense que el asesino empezará a sentirse preocupado por su presencia en todas partes... y quizá planee deshacerse también de usted.

—Ya lo he pensado —sonrió duramente Jeff—. Si eso sucede, me encontrará preparado, no lo duden.

—No lo dudo —admitió McDarrin—. Pero Besson también era un hombre de acción. Y no era un reportero, sino un agente especializado en misiones difíciles. Ya ha visto cuál fue su final, Payton. ¿Por qué no deja el asunto para nosotros, que cobramos por esa clase de trabajos?

—Le aseguro que no obstruyo su actividad, inspector. Si encuentro alguna evidencia que pueda serles útil, se la proporcionaré inmediatamente. Sólo que... me gusta seguir con esto hasta el fin.

—¿Por su amiga Yvonne?

—Entre otras cosas —suspiró Jeff.

—¿Y por esa otra chica, Lizabeth Wade? —sugirió Sloane, sonriente.

—Es diferente. Yvonne está muerta. Lizz, no. Procuraré hacer cuanto esté en mi mano para que el culpable de la muerte de esa chica pague su crimen. Y, ciertamente, trataré de impedir, por otro lado, que a Lizabeth le suceda algo. A fin de cuentas, todo el que se relaciona de un modo u otro con el atentado a la Casa Blanca, termina por morir de modo violento. Es casi sintomático ya...

—Pero esa chica no tiene ningún motivo para peligrar —señaló Sloane, pensativo—. Si no tiene evidencia alguna en su poder, algo que comprometa al culpable, él no la tocará...

—Sí, eso es bien cierto... —Los ojos de Jeff tuvieron un raro brillo peculiar al hablar de eso—. No se me había ocurrido la idea. Y, sin embargo, Lizabeth es algo más que una simple amiga de Yvonne Davis. Es, además de eso, y de gozar de su confianza, como se probó con la llamada telefónica de Yvonne aquella noche... fotógrafo profesional.

—Bien, eso ya lo sabemos todos —refunfuñó McDarrin—. ¿Por qué lo menciona ahora?

—Por nada, inspector —el gesto de Jeff era reflexivo. Y revelaba honda preocupación—. Por nada. Sólo que he estado viendo todo el tiempo en Lizz a la mujer solamente... A la buena muchacha y a la estupenda hembra que es. Y no pensé en esa cámara fotográfica... y lo que puede significar...

* * *

—¿Significar? ¿Qué, Jeff?

—Escuche, Lizz. Usted tenía amistad con Yvonne.

—Ya sabe que sí —le miró, sorprendida—. ¿Adónde quiere ir a parar ahora?

Jeff saboreó un corto trago de *whisky* con soda y hielo. Contempló a Lizz que, sentada al otro lado de la mesa, con sus piernas desnudas cruzadas cómodamente, apenas si había probado su zumo de tomate.

—A esto: ¿cuántas veces estuvo Yvonne aquí?

—¿En el club? —Ella hizo un gesto ambiguo, encogiéndose de hombros—. Algunas veces, no muchas.

—¿Siempre acompañada?

—Bueno, casi siempre —sonrió Lizz, dejando vagar su mirada por el Stork, lleno de suaves penumbras azules en torno de ellos—. Era una chica atractiva, usted lo sabe. Gustaba a los hombres.

—Claro. Usted, siendo amiga de ella... y fotógrafo de este local, Lizz..., le haría alguna fotografía en ocasiones...

—Oh, creo que en todas las ocasiones en que estuvo aquí. Era una especie de colaboración amistosa conmigo. Convencía a sus acompañantes, y yo hacía dos fotografías. Las propinas eran excelentes. Yvonne tenía buenos amigos. De buena posición, quiero decir.

—Lo sé. ¿Peter Murray era alguno de ellos?

—¿Murray? No sé... Nunca me preocuparon los nombres. Cada uno es sólo una cara en mi objetivo. Nada más, Jeff.

—Murray es el hombre con aspecto latino que ha desaparecido recientemente, Lizz. ¿No lo recuerda ahora? Moreno, cetrino, pelo negro, bigote...

—Creo recordarlo. Pero si vino con él, debió ser una sola vez.

—¿Algún acompañante más asiduo que los demás?

—Jeff, ¿a dónde quiere ir a parar con todas esas preguntas?

—A alguna parte, Lizz. Quizá a una sola de sus placas fotográficas. Es algo que se me ha ocurrido de repente...

—Creo adivinarlo... —Ella puso un gesto malicioso—. ¿Otra prueba como la de Yvonne?

—No lo sé. Quizá sí, quizá no.

—Yo no quiero morir violentamente, Jeff.

—Tampoco le gusta que Yvonne haya muerto así, ¿verdad?

—No, claro...

—Piense que es sólo una posibilidad... Y yo estaré a su lado ahora. No le sucederá nada. Si tiene esa prueba, nadie va a saberlo, excepto usted y yo mismo. No pueden sospechar de nosotros, porque somos hombre y mujer, y es posible que sólo piensen en un idilio...

—Está bien. ¿Qué busca?

—Esa posible fotografía con alguien. Alguien que fuese amigo de ella. Alguien con suficiente confianza para que ella le llamase,

informándole de que le había fotografiado en alguna actitud insólita, en un lugar que no era el adecuado... El resto, lo conoce tan bien como yo.

—De todos modos, no habrá más de cinco o seis fotografías de Yvonne con sus amigos ocasionales, aquí en el Stork.

—No importa. Puede ser suficiente. ¿Podré ver esas fotografías?

—Claro. Será laborioso buscarlas. Pero podrá verlas. Espero que sea para algo positivo... y que nadie lo sospeche antes de que el asesino caiga en poder de la policía.

—Eso es lo que pienso conseguir, por todos los medios, Lizz, amiga mía... Créame. No debe temer nada mientras yo viva. Defenderé su vida con la mía. Palabra.

—No tiene que dármele —suspiró la joven, mirándole con rara intensidad ahora—. Le creo. Le creo totalmente, Jeff...

CAPÍTULO VII

ROSTROS

—¿Los conoce?

—¿Si los conozco? Es sorprendente...

—¿Qué es lo sorprendente? Yvonne no era una cualquiera, usted lo sabe. Sólo eran amistades suyas, personas a quienes conocía en el mundo de la publicidad, de los negocios, de la televisión o el cine...

—Lo sé, Lizz. No acuso de nada turbio a Yvonne. Lo que me asombra es ver tantos rostros conocidos en esta galería de recuerdos del Stork Club...

—¿Conocidos?

—Sí —abrió en abanico las copias obtenidas de los respectivos negativos, sólo un momento antes—. Vea esto, Lizz: ese hombre fornido, alto, arrogante y de malévola expresión. Es un colega. Un ilustre colega mío. Tan hábil, tan famoso y tan inteligente como venenoso y feroz. Se llama Denberg. Roy Denberg.

—Oh, el famoso Denberg...

—Sí. Parece en muy animada charla con Yvonne Davis... Este otro —agitó tina segunda fotografía, resueltamente—. Este otro, Lizz, es Gordon Waxman, el magnate internacional de las finanzas y de los grandes trusts. Un hombre que nada en oro.

—Una buena amistad, sin duda...

—Y éste también lo es: Vernon Saint John, asesor personal del presidente de Estados Unidos. Un político con porvenir.

—Yvonne se lo tenía muy callado, para ser gente tan notable...

—Y ellos también —dijo con sarcasmo el joven reportero—. La verdad es que nadie, absolutamente nadie entre esos hombres, confesó haber conocido a Yvonne en modo alguno.

—Si se lo comenta ahora, es posible que se sepa que yo hice las fotografías... y el criminal llegue a enterarse también de ello.

—No diré nada. Uno de esos hombres, Lizz, podría ser el que estamos buscando.

—¿Tan importante?

—El hombre capaz de atacar la Casa Blanca, ha de ser importante. Puede serlo en muchos terrenos, no sólo en el criminal...
—En resumen, Jeff... ¿Le he sido de alguna ayuda, realmente?
—Tal vez sí —suspiró Jeff Payton—. Tal vez sí...

* * *

El coronel Kingsby, del Pentágono, contempló reflexivo las fotografías. Sacudió luego la cabeza con aire ensombrecido.

—No lo entiendo —manifestó al fin secamente.

—Yo tampoco, coronel. No había motivo para ocultar esto. ¿Por qué lo hicieron?

—Es algo que no me explico. Por sí solo, no puede implicarles en nada...

—Creo que sí les implicaría en algo: la evidencia cierta de que tuvieron un contacto personal, y quizá amistoso, con una persona que fue asesinada por alguien que era o parecía amigo suyo. Alguien que la visitó, asesinándola en su apartamento en plena noche. Para ser recibido, para ser informado de ello, no hay duda que había de existir esa relación amistosa, que hizo obrar a Yvonne con cierta precipitación y exceso de buena fe...

—Pero por otro lado, dice usted que tomó precauciones, haciendo una copia más de esas películas...

—Sí, coronel. Sólo que eso era... simple medida posterior. Cuando se dio cuenta exacta de que su vida peligraba y había cometido el error de confiar en la persona de quien debía sospechar algo poco claro... ya era tarde. Y esa persona estaba camino de su casa. Por cierto que tardó algún tiempo más del previsto en llegar.

—¿Por qué supone eso?

—Por la hora en que ella llamó y la hora en que llegó el asesino. Me hace suponer que tenía que hacer algo tan importante, que no admitía demora, y le era preciso acudir más tarde, cuando estuviera libre de compromisos.

—De modo que, según usted, Jeff, ha de ser alguien importante...

—Sí —afirmó el joven reportero—. Estoy seguro de ello, coronel. He querido hablar solamente con usted, para que vigile a esos hombres estrechamente... de un modo disimulado, y sin que ellos lo adviertan.

—¿Incluso... a Vernon Saint John?

—Incluso a él, sí.

—Si el presidente llega a saberlo, es posible que no le guste la idea, y la responsabilidad sea para mí, Payton...

—Coronel, le agradeceré que corra ese riesgo. Lo que podemos lograr a cambio de ello, es algo mucho más importante, no lo dude. Como la salvación definitiva del presidente... y la tranquilidad para nuestro futuro...

—Está bien —suspiró el militar—. Tiene mi palabra, Jeff. Haré vigilar a esos hombres. ¿Son todos los que tuvieron relación con Yvonne Davis?

—De nuestro grupo de personas conocidas, sí. Están investigándose a otros más. No existen más negativos de retratos en casa de Lizabeth Wade, que ha sido mi proveedora. Pero por si hubiera algún error o extravío, Lizz guarda unas copias de cuantas fotografías se hacen, en un archivo del propio Stork Club.

—¿Han comprobado ya si están de acuerdo unas copias y otras?

—No, pero supongo que así será. De todos modos, Lizz misma se ocupará de ello lo antes posible. Quizá esta misma noche, si no hay demasiado trabajo en el club. Ese archivo está situado en el piso bajo del club, y a ella no le costará nada comprobar si todo está en orden. Después de lo sucedido con Yvonne, todas las medidas son pocas para asegurarse de que las cosas marchan bien, coronel...

—Conforme —respiró hondo el hombre del Pentágono—. Deje a esos tres pájaros de cuenta a cargo de nuestra inteligencia militar...

—Sí, coronel. Así lo haré. En usted y en su discreción confío. No se fíe absolutamente de nadie. Recuerde que uno de esos hombres, pudo ser el asesino de Yvonne y de todos los demás. Y el hombre que mueve en la sombra los hilos de esta conspiración, por cuenta de quienes sean sus amos...

—Eso es difícil de olvidar, Payton —sonrió amargamente el coronel.

* * *

Lizz estudió la sala, pensativa.

Como dijera Jeff Payton, no era noche de demasiado trabajo. Hubiera sentido más tranquilidad, de tener allí, cerca de ella, al joven periodista que últimamente se hiciera tan amigo suyo. Se

daba cuenta de que Jeff irradiaba firmeza, seguridad. Sola se sentía un poco desvalida.

Especialmente, esta noche. Teniendo que ir al sótano del edificio, a rebuscar en aquel archivo polvoriento...

Pero Jeff no tardaría en llegar. Le había telefoneado en ese sentido. Y sería agradable poderle entregar algo positivo a su llegada. Muy agradable, en realidad.

Se decidió. Las parejas eran escasas aún. El Stork estaba poco animado ahora. Era el momento adecuado para dejar momentáneamente la tarea y dedicarse a revisar las viejas copias fotográficas.

Dejó su cámara en un armario donde guardaba el material de trabajo. Se encaminó, sobre los pasos rítmicos y femeninos de sus altos tacones, hacia la salida que daba acceso a los sótanos del local. Sus bellas piernas, lucidas por la breve falda y las medias color humo de su uniforme habitual, taconeaban graciosamente hacia las escaleras descendentes, situadas al final de un corredor, tras una cortina de color azul oscuro.

Encendió la luz al llegar a la escalera y miró abajo, a la oscuridad, con cierta aprensión irremediable.

No le gustaba la idea de aventurarse allí, con la débil claridad de una sola bombilla allá abajo. Pero lo haría, pese a todo. Estaba decidida a ello. No podía sucederle nada, Jeff se lo había dicho así con toda firmeza. Y Jeff parecía siempre tener razón...

Lizabeth Wade empezó a bajar los escalones angostos y resbaladizos...

Realmente, sentíase alarmada, inquieta. Un profundo temor interno la hacía moverse con infinitas precauciones. Jeff la había advertido de que debía tomar toda clase de prevenciones para evitar cualquier riesgo. Y Lizz sabía eso muy a ciencia cierta.

El Stork Club poseía aquellos sótanos, destinados a servicios, almacenes, dependencias casi en desuso, y estancias para guardar toda clase de material relacionado con el negocio. Lizz deambuló por entre pilas de cajas donde el polvo y las telarañas cubrían las viejas botellas y los cascos inútiles.

La luz, en su mano, se dirigió a un interruptor en el muro. Lo hizo girar. Una alta bombilla, colgada de la húmeda bóveda, iluminó todo el recinto subterráneo.

Lizz se encaminó resueltamente hacia el fondo, donde se alzaba una puerta vidriera, polvorienta y abandonada. Dentro, en un cubículo, se alzaba asimismo un mueble archivador metálico, color verde parduzco, tan polvoriento como el resto de elementos que se hallaban en aquel recinto.

La joven no vaciló lo más mínimo. Aquél era el archivador de fotografías, y allí tenía que buscar lo que Jeff Payton necesitaba. Y lo que ella estaba segura que debía resolver el misterio sobre la muerte de su amiga Yvonne.

Un negativo que faltaba, quizá, entre todos los demás.

Un negativo, posiblemente revelador.

Pero ¿existía realmente? ¿Estaba allí, cuando no se encontraba entre todos los que ella había manipulado? Ésa era la incógnita, por el momento.

Miró atrás. Había estado segura, por un momento, de que hubo algo en el almacén, como un ruido raro, apagado. Pero no descubrió detalle alguno a sus espaldas. La difusa claridad vertical, amarillenta, sólo reveló las formas inertes de cajas y embalajes en abandono total.

Lizz manipuló la puerta vidriera. Chirrió la cerradura, gimió el pestillo lastimosamente, pero la puerta cedió con alguna dificultad. La joven fotógrafo del club nocturno entró en el recinto encristalado.

Avanzó hasta el archivador. Probó los diversos cajones, hasta detenerse en uno concreto. Tiró de él.

De su interior, empezó a extraer paquetes precintados, que fue situando sobre una polvorienta mesa inmediata. En todos ellos se leía la misma palabra, trazada con rotulador negro:

FOTOGRAFIAS-COPIAS

Había algunos paquetes de negativos también, pero Lizz no buscaba exactamente el negativo, porque ése lo hubiera tenido ella en su poder. Lo que se trataba de localizar, era una simple copia: la que el Stork acostumbraba a guardar a veces para sí, de todas las que la fotógrafo de turno realizaba en la sala.

Cada paquete llevaba inscritas unas cifras orientadoras de su época de realización. Desechó una serie de paquetes, hasta encontrar uno determinado, que apartó de los demás. Lo contempló, satisfecha.

—Bien... —suspiró—. Éste es. Si está en alguna parte, ha de ser aquí...

Despegó los precintos. Arrancó el papel. Una serie de viejas fotografías apiladas, asomó dentro del envoltorio. Lizabeth Wade comenzó a pasarlas con rapidez. Enarcó las cejas, pensativa.

De nuevo giró la cabeza. Esta vez, estaba casi totalmente segura. Un leve ruido sonó en alguna parte. En el sótano del club.

Miró Lizz su reloj. Respiró hondo. Siguió el examen de las fotografías, tratando de pensar. De repente, tuvo un destello de luz en su mente. Se detuvo a medias. Tiró unas cuantas fotografías a un lado.

Alzó una. Una sola.

Triunfalmente, la retuvo en su mano, en alto, como contemplándola a la claridad de la bombilla.

—¡Ésta es! —exclamó con voz tensa—. ¡La encontré! ¡Jeff tenía razón!

Abrió la vidriera, sin preocuparse de recoger las demás fotografías. Llevaba consigo la brillante cartulina cuadrangular de una sola fotografía, que oprimía contra su pecho, casi entusiásticamente. Corrió hacia la salida.

—¿Adónde va tan deprisa, mi querida amiga? —Sonó una fría voz, cerca de ella.

Lizz se detuvo en seco. Palideció. Sus temores se confirmaban. No estaba sola en el sótano. Chascó algo a sus espaldas. Sintió un cilindro metálico, duro y frío, que rozaba su nuca.

—¿Qué... qué significa...? —musitó, en tensión, oprimiendo con fuerza la fotografía contra sí.

—Significa, amiga mía, que tengo tanto interés como usted en ver esa copia... —Sonó a espaldas suyas aquella voz helada.

—¿Por qué? Es... es algo personal...

—Claro —rió el desconocido—. Algo personal que me afecta. ¿Sabe lo que tiene en su nuca, preciosa?

—Lo... lo imagino. Un arma. Una pistola. No se atreverá a utilizarla aquí... El club, la gente... Nunca saldría de aquí impunemente.

La seca carcajada que retumbó a su espalda, no resultaba nada tranquilizadora para la joven. Luego, las palabras aclararon ese temor:

—Se equivoca otra vez. Sí puedo disparar y marcharme

impunemente. Es una pistola, usted acertó en eso. Pero lo que toca su nuca es un silenciador. Feo pero eficaz. Sonará como un taponazo, y no muy alto. Un ruido vulgar en un club nocturno, ¿no cree? Si alguien lo escuchara, cosa que dudo, lo confundiría con el descorche de una botella de champaña. Pero sería algo muy distinto; la muerte de una mujer, ¿comprende? Su muerte, preciosa...

Ella se volvió bruscamente, pese a la amenaza del arma. Se encontró con el hombre. Vestía un impermeable oscuro. Y bajo el sombrero, una especie de caperuza negra cubría su rostro. Sólo los ojos centelleantes eran visibles tras las rendijas de la máscara, fijos en ella.

El arma se apartó de su nuca, para apoyarse inmediatamente en su pecho, como barrenando su seno izquierdo. La tela se movió ligeramente cuando habló con dureza el misterioso personaje:

—Pude haberla matado, a causa de su imprudencia —dijo—. Fue otro error moverse así, tan bruscamente. Pero verá que soy compasivo con usted. Deme esa fotografía.

—¡No!

—Deme esa fotografía, y salvaré su vida. Ya ve que corro un gran riesgo: usted ha visto esa foto. Ha debido identificar al hombre que acompaña a su amiga Yvonne... y que fue fotografiado precisamente por otra muchacha, no por usted. Sin duda ese día estuvo enferma o hacía fiesta... Esa maldita casualidad hubiera podido servir. No pensé en la copia que guardan ustedes aquí, maldita sea... Vamos, démela.

—¿Qué ganará con ella? —le desafió la joven valerosamente. Humedeció sus labios, fija la mirada en él—. En realidad, sé quién es usted. He visto su fotografía ahora. ¿De qué le sirve, por tanto, esa máscara ante mí?

—Quizá tenga razón —suspiró él, sacudiendo la cabeza—. Es mejor vemos cara a cara... y salir de aquí sin ocultar mi rostro. Eso me permitirá moverme con más soltura, sin miedo a ser visto...

Se quitó el sombrero. Y la caperuza negra. Lizz contuvo el aliento. No había imaginado nunca ver el rostro que vio ante sí. El hombre la miró con frialdad.

—Y ahora... esa fotografía, jovencita —exigió.

Lizz estaba nerviosa. Crispada. Su inquietud iba en aumento.

Esperaba algo. Y ese algo no se producía, para angustia suya.

—¿Me toma por tonta? —susurró—. No piensa dejarme con vida.

—Usted es muy poca cosa para acusarme de nada, jovencita —rió el hombre.

—Tal vez. Pero Jeff Payton, no. Y sabe que él lo haría por mí. He visto su rostro. En esta fotografía... y personalmente aquí. Eso me sentencia a muerte, ¿no es verdad?

Hubo un profundo silencio. El hombre la miraba con fijeza.

—Lástima —murmuró—. Hubiera querido hacerlo compasivamente. Fingir que la dejaba marchar... y luego un disparo a su cabeza. Ni siquiera se enteraría. De este modo, será todo mucho peor, muchacha... Y no quisiera hacerlo, pero sabe demasiado...

—Era como imaginaba. No tengo ninguna posibilidad, ¿no es cierto?

—No —suspiró él—. Ninguna...

Y alargó la mano. Arrancó la fotografía de la mano de Lizz. La miró. Una repentina palidez, un gesto de profunda cólera, cubrió su semblante. Los ojos centellearon, furiosos. Se irguió, como si le hubieran golpeado en pleno rostro. Tenía el aire de un hombre burlado y humillado.

—¿Qué significa...? —comenzó, furioso, estrujando la cartulina.

Lizabeth Wade se echó a reír suavemente.

—Lo siento —dijo—. Como ve, todo ha sido una mentira ingenua, para desenmascararle. De otro modo, nunca hubiese dado la cara. Ahora, ya sé quién es usted. Pero no por esa fotografía, que es inofensiva, y pertenece a dos clientes cualesquiera del Stork. Fingí hallar una copia que nunca debió conservarse... sólo para que usted diera señales de vida.

—De modo que usted sabía de mi presencia aquí... ¡Me tendió una trampa! —Miró en torno, alarmado.

—Eso es... coronel Kingsby... —afirmó fríamente Lizz—. Va a ser un rudo golpe para el Pentágono y para la Casa Blanca, saber que un hombre de aparente confianza total... es un agente de organizaciones extremistas, dispuestas a terminar con la democracia americana e implantar en Estados Unidos una dictadura «ultra»...

—Usted, olvida, señorita Wade, que por muchas trampas que me haya tendido... no va a salir de aquí con vida para acusarme ante nadie —dijo el coronel Kingsby con sequedad—. ¿Dónde está su

ratonera, que no funciona, mi joven amiga?

Lizz miró angustiosamente hacia la puerta del sótano. El coronel rió con acritud.

—Lo siento. Y la felicito por su astucia... y su valor. Pero aquí termina el juego para usted. Supo engañarme, y la felicito por ello. Sólo que, si esperaba la salvadora llegada de su buen amigo Payton, debe olvidarlo... Miembros del Grupo XXI, que yo comando en América, le esperaban fuera de este local... El sí habrá caído en una emboscada mortal, no lo dude. Ahora... adiós, señorita Wade.

El arma silenciosa la encañonó. En la puerta del sótano, no aparecía nadie para salvarla.

El asesino tenía razón: Jeff Payton no llegaba, como prometiera a la joven. Tal vez los extremistas asesinos hubieran detenido su camino para siempre...

CAPÍTULO VIII

«GRUPO XXI»

—Sí, Payton. Es mejor que no intente nada. Está perdido...

Jeff no lo intentó. Sabía cuándo lo tenía todo perdido, y ésta era una de esas ocasiones, desgraciadamente.

Alzó los brazos. Se dejó quitar el arma. Fue introducido a viva fuerza dentro de la furgoneta cerrada. Observó al grupo de encapuchados, con las camisas negras y los distintivos neonazis. Sobre el pecho, un emblema: «G. XXI».

—Grupo XXI... —suspiró fríamente—. Los fantasmas de una nueva dictadura para América, ¿no?

—Búrlense cuanto quiera —dijo uno del grupo—. Sabe que lo conseguiremos. Los planes seguirán adelante. No habrá presidentes negros, ni convivencia pacífica, ni mejoras sociales, ni libertad para todos. Eso conduce al caos. Urge arreglar el orden de América. Y eso sólo se logrará con un poder único, con una autoridad decisiva, con una dura represión y una disciplina férrea.

—Todo eso se intentó antes en otros lugares del mundo —rechazó Jeff—. Y fracasó siempre.

—Era diferente. Ahora existirá organización a escala mundial. Seremos los poderosos, los fuertes. No podrán vencernos, Payton, usted lo teme ya...

—No temo por el futuro. Temo por las locuras del presente. Por su odio por su ferocidad y por sus métodos brutales... Temo por su fanatismo, por el tributo de sangre que habrán de pagar los hombres libres para salvarse de los espectros del pasado que ustedes y sus ideas representan para todos...

—Basta de charla, Payton —silabeó uno de los encapuchados, yendo hacia él con unas esposas—. Pudimos haberle matado, pero vamos a utilizarle en nuestro beneficio. Como al pobre muchacho que metimos en aquel helicóptero... Drogado, puede llegar a sernos muy útil, puesto que confían en usted...

Jeff contempló al encapuchado de negra camisa. Y a la docena de

hombres armados que se alineaban en los asientos laterales del interior de la furgoneta. Apretó sus puños, con aire de mal reprimida ira. Se echó atrás, y luego dio un paso adelante, como dispuesto a luchar estérilmente. Apretó los labios, tenso.

—No haga tonterías —avisó el neonazi—. No puede intentar nada eficaz. Sólo anticipar su muerte, Payton...

Jeff no dijo nada. Parecía no respirar. Y, en realidad, era así.

Bajo sus pies, una ampolla quebrada emitía un gas invisible, liviano como el aire mismo. Sin olor siquiera. No avisaba de sus efectos narcóticos. Pero cuando invadió toda la furgoneta... los hombres fueron cayendo lenta, silenciosamente, como abatidos por un mal misterioso.

Ni una violencia, ni un grito, ni un esfuerzo por luchar. La parálisis de los centros nerviosos fue total e inmediata. Jeff seguía sin respirar, sin absorber ni una sola molécula de aquel gas.

Rápido, apenas cayó el último miembro del siniestro Grupo XXI, Jeff Payton se inclinó sobre uno de los caídos. Le quitó la pistola provista de silenciador.

Con ella en la mano, se precipitó hacia la puerta trasera de la amplia furgoneta. Disparó dos veces.

Tras dos secos impactos, que sonaron como taponazos de champaña, saltó la cerradura, y oscilaron las dos hojas metálicas, abiertas. Jeff, rápido, saltó al exterior, rodando sobre el asfalto, dando volteretas de acróbata.

Una vez detenido, giró el brazo armado. Apuntó a la furgoneta.

Bastó un solo disparo. Reventó el neumático violentamente. El vehículo chirrió, patinando y perdiendo su dirección. Terminó estrellándose contra un muro. En la cabina arrugada, quedó aprisionado el inconsciente conductor.

Jeff corrió a un teléfono público de las cercanías. Llamó al FBI, informó rápidamente y colgó. Luego, emprendió veloz carrera, detuvo un automóvil y habló excitadamente, mostrando sus documentos.

Momentos más tarde, volaba virtualmente, dentro del vehículo, en dirección al Stork Club washingtoniano.

—De veras lo siento, preciosa. Ahora... buen viaje a la eternidad — había dicho el coronel Kingsby con fría voz implacable.

Y su dedo temblaba en el gatillo, justo cuando apareció el joven reportero en el umbral de acceso al sótano del club nocturno.

Lizz le vio justo entonces. Gritó su nombre:

—¡Jeff, Dios sea loado...!

Rápido se volvió Kingsby con un juramento. Disparó, con un áspero «ploc». La bala restalló en el muro, levantando estuco y fragmentos de ladrillo, junto a la cabeza misma de Jeff Payton.

Éste, rápido, replicó al disparo, sin apenas tomar puntería sobre el coronel. Restalló el arma con hosco chasquido silencioso. La bala de la pistola de aquel miembro del Grupo XXI, por curiosa paradoja del destino, fue la encargada de penetrar en el cráneo del coronel Kingsby.

El militar rodó por el suelo del sótano, dando tumbos, con un gesto de horror petrificado en su curtido rostro.

Lizz sollozó, corriendo al encuentro de su salvador, con los nervios destrozados por la horrible tensión sufrida.

—¡No había prueba alguna, Jeff, pero él confesó! ¡Se desenmascaró, y dijo ser el jefe del Grupo XXI, de la extrema derecha americana! — susurró—. ¡Era el coronel Kingsby, del Pentágono...!

—Lo sé, Lizz... En cualquier sitio puede surgir un traidor o un loco. Un fanático equivocado, como Kingsby. El Pentágono es una institución y, como tal, hecha y compuesta por hombres. Nadie puede estar en la mente ajena, para saber cómo piensa realmente, pero por fortuna, casos así no abundan. El procuró subir lo más alto, ingresar en los estamentos más elevados del país... para, desde allí, socavar los cimientos de la sociedad a la que él mismo pertenecía tan notablemente. Es el medio de luchar en la sombra, y lo mismo pudo haber sido un miembro federal, un agente del Gobierno o cualquier otra cosa. Durante años, los hombres como Kingsby ocultan sus verdaderas ideas y sentimientos a los demás. Es la misión de un buen agente enemigo, en cualquier terreno que actúe...

—La fotografía no existía... Pero imaginé tu plan, Jeff... y fingí hallar una...

—Es más de lo que yo hubiera esperado. Por desgracia, estuvo a punto de fallar todo al raptarme esos bandidos políticos... Pero

estaba prevenido. Un buen amigo, el inspector Sloane, me había proporcionado una nueva cápsula narcótica, de gas invisible e inodoro que el FBI tiene sometida a período de pruebas. Mi informe sobre sus resultados será, evidentemente, de lo más positivo —sonrió Jeff Payton con buen humor.

Y condujo a Lizz Wade fuera del sótano, para regresar con ella a un lugar más seguro.

El cuerpo del coronel, era todo lo que quedaba ahora sobre la magna conspiración para aniquilar a un presidente y terminar con la democracia de Estados Unidos... y quizá con la libertad y los derechos humanos del mundo entero, no tardando mucho.

* * *

—Jeff... Creo que nunca olvidaré lo que hemos vivido últimamente...

—Yo tampoco, Lizz —sonrió él, mientras el helicóptero sobrevolaba Washington. Un engalanado Washington que iba a vivir las jornadas presidenciales más brillantes del año, al celebrar el presidente una fecha histórica para su país: el 4 de Julio, Día de la Independencia...

—Esto significaba que no hemos perdido la lucha por sobrevivir libres, después de todo —dijo la joven.

—No, afortunadamente, no será así. El presidente hablará también de lo sucedido. Revelará al mundo los peligros que le acechan, por pretender ser libres todos nosotros. Espero que, andando el tiempo, las personas como Kingsby y otros, no tengan nada que hacer entre nosotros...

—Ha sido preciso que murieran muchos, para que ese complot fracasara, Jeff.

—Sí, pero lo importante es que fracasó.

—Gracias a ti...

—Gracias a ambos —la miró Payton, sonriente—. Lizz, eres una gran chica. Y, además, muy bonita. ¿Qué tal si olvidamos un poco el pasado, los peligros vividos, e incluso la política... para pensar un poco en nosotros mismos, como simples seres humanos?

—Y eso... ¿qué significa?

—Significa que tú eres mujer, yo soy hombre... y todo lo demás —

rió Jeff de buen grado, mientras el helicóptero federal seguía sobrevolando la capital de Estados Unidos, en aquel radiante día festivo...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Obra de ciencia ficción —casi política ficción—, llevada al cine por Stanley Kubrick, y en la que su personaje central, arquetipo de la violencia de nuestro tiempo, antihéroe por excelencia, llega a ganarse la compasión del lector o espectador, cuando un Gobierno lo maneja como simple conejillo de indias para combatir la violencia... utilizando la propia violencia del poder, sobre el cuerpo y mente del ser humano, contra todo derecho humano y divino. (N. del A.). < <